

Reseñas de Libros / Book Reviews

Affaya, Noureddine; Guerraoui, Driss, *La imagen de España en Marruecos*. Barcelona, Fundación CIDOB, 2005, 222 pp.

Por Joaquín Piñeiro Blanca
(Universidad de Cádiz)

Una de las líneas prioritarias de actuación que España tiene asignada dentro de la UE es la del mantenimiento y fomento de los lazos de comunicación y cooperación con el norte de África, en particular con Marruecos. Por este motivo, cobra un interés especial una monografía como la que Noureddine Affaya y Driss Guerraoui nos presentan bajo el sugerente título de “La imagen de España en Marruecos”. Ambos se planean el nada fácil objetivo de desentrañar las claves constructivas de la percepción que los marroquíes han edificado de los españoles y, naturalmente, las consecuencias socioeconómicas, políticas y culturales derivadas de ello. No obstante, la meta última de este libro, como sus propios responsables explicitan, es la de contribuir a la creación de unos canales de comunicación más fluidos, sustentados en el mutuo conocimiento de los dos países. Al indudable interés del tema y el valor de los objetivos propuestos se suma la trayectoria profesional de sus autores, que respalda el rigor del trabajo contenido en las páginas de la publicación aquí reseñada. Affaya es profesor de Filosofía en la Universidad Mohammed V de Rabat-Agdal y miembro del Conseil Supérieur d’Audiovisuel du Maroc, además de presidente de la Association de Recherche en Communication Interculturelle. Por su parte, Guerraoui es profesor de Economía de la misma Universidad y presidente de la Asociación de Estudios e Investigaciones para el Desarrollo.

Desde mi punto de vista, el principal reto de estudios de estas características es el de superar los prejuicios y estereotipos que, en ambas sociedades, han ido deformando de forma paulatina la percepción del Otro, una exigencia a la que se responde adecuadamente en esta investigación. Su base fundamental está en la

realización de una encuesta representativa a 1.031 marroquíes sobre España y los españoles, con un cuestionario y tratamiento metodológico creado por la Association de Recherche en Communication Interculturelle, que, como se decía, actualmente preside Affaya. Aunque no se evitan los temas más conflictivos, la monografía se plantea más buscar los puntos de acuerdo que las diferencias, para ayudar a construir un marco de cooperación sustentado en el interés común y en la gestión pacífica de conflictos políticos y económicos. En definitiva, superar el peso de la Historia. Para ello se resaltan cuestiones como el uso en el castellano de más de cuatro mil palabras de origen árabe, las coincidencias culinarias o el apasionado seguimiento que los marroquíes hacen de la Liga de Fútbol española.

No obstante, esto no hace olvidar, como decía, los asuntos menos favorecedores al acercamiento como los relativos a los problemas territoriales (Ceuta, Melilla, Islas Chafarinas o el Sahara Occidental) o a cuestiones más recientes como la del tratamiento político-administrativo de la población que emigra a través del Estrecho.

Las dos primeras partes del libro son dedicadas a la exposición de los resultados del análisis de las encuestas para profundizar en el conocimiento de la construcción del Otro en la percepción marroquí; en otras palabras, de la imagen de España en Marruecos, tal y como el título de la obra nos promete.

Todo ello se complementa con el imprescindible estudio de las características socioeconómicas de la población encuestada. De especial interés es el capítulo dedicado a la valoración del futuro de las relaciones de los dos países que, en definitiva, es la razón práctica de esta obra. En este juego prospectivo entran también los testimonios recogidos en la tercera parte del libro. En ellos, personajes relevantes de la sociedad marroquí, de distintos ámbitos profesionales o culturales, exponen su particular idea de España y, a veces, unas posibles vías de acercamiento y colaboración.

Los aspectos más positivos de la opinión sobre España en Marruecos derivan de la valoración de su proceso de integración en la UE y la contribución que esto ha tenido en su desarrollo gracias a la exitosa transición democrática, uno de los principales capitales intangibles que España atesora en la actualidad y que es percibido con claridad por el universo encuestado. Según una buena parte de las personas que respondieron al cuestionario, la consolidación del proceso de democratización en Marruecos tendrá un nivel de impacto limitado en el desarrollo del país de no producirse un acercamiento a la UE. En este sentido, se valora la experiencia española como un modelo a seguir ya que se considera que sólo tras el fin de la Dictadura y la posterior incorporación al proyecto europeo se hizo efectivo su despegue económico y social.

Por el contrario, los rasgos negativos están relacionados con los problemas de acogida que los marroquíes sufren en las aduanas españolas, los litigios territoriales que ambos países mantienen, los conflictos pesqueros y las barreras idiomáticas. Como era previsible, el estudio revela la importancia que los medios de comunicación han tenido y tienen en todo ello, ya que un importante número de encuestados hacen referencia a noticias aparecidas en prensa, radio o televisión. Por ello, los autores defienden que debe aprovecharse el impacto de estos medios para, a través de ellos, corregir errores del pasado, romper estereotipos y aumentar el nivel de conocimiento mutuo de las dos sociedades. Las insuficiencias informativas quedan, por ejemplo, puestas de manifiesto en el escaso número de personas de la élite marroquí que han viajado a España o han desarrollado alguna actividad en la que se produzcan intercambios culturales y científicos. Asimismo, los idiomas francés e inglés son los instrumentos básicos de comunicación en los centros educativos y la presencia de espacios de formación o investigación españoles en Marruecos es escasa. En definitiva, el desconocimiento contribuye negativamente en la percepción del Otro. En relación con esto último, a mi juicio es llamativo observar cómo en las viejas zonas de colonización española, particularmente en Tánger y Alhucemas, es donde la imagen de España muestra sus mejores rasgos. Esto puede ser valorado como una posible prueba de que, a pesar del rechazo provocado por la situación de dominio, el conocimiento más profundo de la cultura española en las zonas de su antiguo Protectorado

contribuye al establecimiento de canales de comunicación más fluidos. Algo similar ocurre con los nacidos antes de la independencia, educados aún durante el período colonial; entre ellos la consideración sobre España es mejor que entre los que ya no tuvieron una formación sujeta a las condiciones establecidas por el dominio europeo. La otra cara de la moneda está entre los más jóvenes, desconocedores en mayor grado de lo hispánico, además de ser los que potencialmente se plantean más la emigración y los que, por tanto, están sujetos a los problemas burocráticos de los pasos de frontera y obtención de visados. Entre ellos España es percibida de modo menos favorable.

Superar la desconfianza de los inversores españoles en las estructuras que encuentran en Marruecos como modo de incrementar los lazos económicos y la transferencia de tecnología, abrir el mercado ibérico a los productos marroquíes, luchar contra la emigración clandestina y sus negativos efectos, simplificar del proceso de obtención de visados y reforzar los intercambios culturales son algunas de las principales medidas que la población marroquí encuestada valora como fundamentales para que el acercamiento de los dos países sea más efectivo. El libro que aquí se reseña tiene la virtud de ser una pieza útil en la compleja maquinaria que logre alcanzar la mejora de las relaciones bilaterales entre España y Marruecos. El estudio es en sí mismo un ejemplo: nace de la cooperación de las Universidades Autónoma de Barcelona y Mohammed V de Rabat para la puesta en marcha de un observatorio de las instituciones políticas y constitucionales de ambos estados desde abril de 2000. Como se recoge en las páginas de esta publicación, el diálogo constructivo y la superación de estereotipos que lastren las relaciones entre las dos sociedades es responsabilidad de todos, desde políticos e intelectuales hasta el ciudadano común. En este sentido, la lectura de esta monografía puede ser un buen paso en la consecución de este objetivo.

Bengoa, José, *Historia de un conflicto: El Estado y los mapuches en el siglo XX*. Santiago, Planeta/Ariel, 1999, 237 pp.

Por Danny Gonzalo Monsálvez Araneda
(Universidad de Concepción, Chile)

Nunca esta demás dar un mirada sobre un tema que constantemente está en boga en los medios de comunicación, en algunos debates,

seminarios o jornadas de estudio y reflexión. La problemática del pueblo Mapuche, ha sido y de seguro será un tema a estudiar constantemente y que mejor que a través de la pluma de un especialista en la materia como es José Bengoa Cabello, el cual nos introduce en la cosmovisión del pueblo mapuche, esta vez desde la perspectiva de lo que ocurrió con ellos en el siglo pasado.

José Bengoa de profesión Filósofo, Antropólogo y estudioso de las Ciencias Sociales se ha caracterizado en su trayectoria académica y de investigación por estudiar y analizar la realidad de los pueblos originarios de la zona centro sur de Chile, especialmente lo que dice relación con las comunidades pehuenches y mapuches; de ahí provienen sus importantes obras: *Historia del Pueblo Mapuche; Quinquen. Cien años de Historia Pehuenche; Conquista y Barbarie: Ensayo crítico acerca de la Conquista de Chile; Historia de los antiguos mapuches del sur; La memoria olvidada y La comunidad reclamada*; además, de otros escritos y publicaciones en revistas y periódicos de Chile y el extranjero.

Con relación al texto que nos ocupa, José Bengoa señala que se trata de una mirada de un “amigo de los mapuches” sobre los mapuches, que no es una mirada de los mapuches sobre sí mismos, ni tampoco pretende serlo.

La estructuración formal del libro posee la característica de no presentar notas al pie de página, ni tampoco bibliografía alguna; sino más bien en palabras del propio autor se trata de un texto que es producto de una recopilación de anteriores investigaciones hechas por el mismo.

El texto se divide en 13 partes, partiendo por ubicarnos geográfica y cronológicamente en el periodo de estudio, dando una rápida mirada al siglo XIX y concentrándose en el XX, para posteriormente hacer un recorrido histórico-sociológico de cómo las comunidades mapuches fueron perdiendo territorios y comienzan un proceso de empobrecimiento socio-económico, acompañado por la dinámica de las luchas reivindicativas territoriales. Aquellas, tanto por la vía legal, del diálogo como por la toma de algunos predios y terrenos. Con relación al contenido mismo del texto podemos comentar lo siguiente:

Los capítulos uno y dos nos llevan a recordar el proceso que vivió el pueblo mapuche desde antes de la independencia de Chile, hasta

concentrarse principalmente en lo que ocurrió después de la coyuntura independentista, donde paradójicamente se les reconoce como habitantes del territorio chileno; sin embargo, se les catalogaba de bárbaros e incivilizados. Basándose en estos argumentos se les dio el trato de ignorantes y de que había que pensar y actuar por ellos, tomar posesión de sus territorios, ya sea por medios militares o por otro tipo de subterfugio.

En los capítulos tres y cuatro se nos da a conocer los métodos que se utilizaron por parte del Estado chileno para despojar a los mapuches de aquellos territorios donde se desenvolvían, lo que se conoció como la mentada Pacificación de la Araucanía. Cómo se desarrolló la colonización, la ayuda de algunos mapuches al Ejército chileno y las características de la sociedad mapuche de la época se describen claramente en este capítulo. Importante es lo que Bengoa expresa en el capítulo cuarto donde con algunos guarismos muestra el despojo de las tierras de que fueron objetos las comunidades en el sur de Chile. Estos datos sirven para complementar aún más la lectura y conocer por medio de datos cuantitativos lo que aconteció.

Los siguientes capítulos, del cinco al siete llevan al análisis de la situación posterior al despojo de los territorios mapuches, que trajo como consecuencia su empobrecimiento, la llegada de colonos extranjeros a sus territorios, los diferentes resquicios que se utilizaron para apoderarse de sus tierras; en fin, diversas situaciones que nos relata el autor como si él hubiese sido parte de aquella situación o como un mapuche más de los que hoy día tratan de reivindicar sus terrenos ancestrales.

A pesar de la pérdida de territorios, los colonos y el Estado no fueron capaces de usurpar a los autóctonos su cosmovisión; es decir, los mapuches siguieron manteniendo ese mundo donde la vida familiar en las rucas (casas) era algo difícil de reemplazar; los peñis (hermanos) siguieron conservando las costumbres y tradiciones a pesar de la invasión Wuinca (extranjero), de lo anterior, nuestro autor está seguro, según nos dice en los capítulos antes señalados de su trabajo.

Del capítulo ocho en adelante se retoma nuevamente lo concerniente a lo que fue la pérdida de territorios; sin embargo, ahora Bengoa se dedica a señalarnos el aspecto de la lucha por ser reconocidos como pueblo

originario, participando en diferentes actividades como la política, impartiendo clases de su cultura, formando colegios y sociedades, etc.. También aborda el tema del derecho a recuperar las tierras perdidas. Las formas de llevar adelante este reconocimiento variarán según las coyunturas históricas que se van presentando en el camino. Algunos optarán por la vía del derecho y el diálogo, otros por la vía de facto y la violencia, situación esta última que hasta el día de hoy se sigue dando, principalmente en algunas comunidades (minoritarias) de la octava y novena región de Chile. Pero lo que si está claro es que Bengoa mas allá de una u otra forma de reivindicación, si les concede absolutamente el derecho a reivindicarse como pueblo.

Para el autor que se siente muy apegado a la causa mapuche lo importante es partir de la base que sí se ha cometido una serie de injusticias y engaños con ellos y mientras no se reconozca aquella situación, nada de lo que se haga servirá.

Importante es señalar lo que se menciona en el capítulo nueve en cuanto a las dos posturas que se vienen desarrollando al interior de las comunidades mapuche y su relación con la sociedad chilena, estas serían a juicio de Bengoa la “desarrollista” y la “nativista” (p. 122). A lo anterior se agregara los diferentes focos de concentración de conflictos que surgirán de una manera significativa, especialmente en la zona de Arauco. Estos son algunos puntos relevantes a los cuales Bengoa hace mención en su estudio.

Parte del capítulo diez se refiere a lo que fue el Golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973; de aquella trascendental coyuntura histórica los mapuches no estuvieron exentos de lo que les ocurrió a los opositores a la junta militar encabezada por el Augusto Pinochet Ugarte.

También hubo desaparecidos y persecuciones contra dirigentes mapuches, principalmente aquellos que se identificaron con la izquierda y la Unidad Popular y que pregonaban una postura cercana a la “vía chilena al socialismo”.

En definitiva, se produce un cambio en la sociedad mapuche, ya no será lo mismo de antes dice José Bengoa, esa postura de tratar de integrar a los mapuches a la sociedad chilena; ahora se apostará por la división de las comunidades y por dejar atrás las alianzas (p.163).

La nueva estrategia mapuche durante la dictadura militar es clara, diferenciarse de una manera aún mas fuerte de lo que ellos denominan la sociedad Occidental (capítulo número 11). Según José Bengoa, el gobierno de Pinochet enfocó su política hacia las comunidades mapuches - tal como otras – concentrándose en darle soluciones al pueblo de la Araucanía por medio de ganarse su confianza con promesas de campaña políticas, tal como ocurrió para el plebiscito del 5 de octubre de 1988, donde la novena región (donde se concentra la gran población mapuche de Chile) fue la única donde se organizaron programas agrícolas, asistencia técnica, política de divisiones y subsidios, etc., esta situación ayudó a que en esa región el Dictador alcanzara un amplio triunfo en el plebiscito (p. 175).

Los últimos capítulos el doce y trece se concentraron en dejar atrás la dictadura militar y sumergirnos en lo que son los últimos diez años específicamente los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia. José Bengoa se siente muy interpretado con este periodo ya que fue un actor importante de los que aconteció. Al respecto señala que con la vuelta a la democracia supuestamente la situación sufriría otro cambio, esta vez se esperaba que fuera positivo; sin embargo, los años de espera por soluciones concretas y los 17 años de gobierno militar produjeron una ruptura al interior de las comunidades mapuches donde poco a poco comenzó a primar el discurso confrontacional de aquellos sectores mapuches que a toda costa luchaban por recuperar sus tierras aunque fueran por medios violentos. No servirían de mucho los esfuerzos (Ley indígena, Corporación Nacional de Desarrollo Indígena) de los gobiernos concertacionistas por integrar a los mapuches a la cultura occidental. Mas, algunos aceptaron las soluciones que se le brindaban de integrarse y ser parte de nuestra cultura, como dice Bengoa fueron la mayoría; no obstante aquello, una minoría significativa, en forma especial de las comunidades de Malleco, Arauco y Cautín (regiones del Bio-Bio y la Araucanía) principalmente jóvenes, muchos de ellos hijos y nietos de antiguos mapuches que por años habían creído en las promesas de políticos y diferentes autoridades, emprendieron una ofensiva de reivindicaciones de su pueblo que dura hasta ya entrado el siglo XXI.

Historia de un conflicto: El Estado y los Mapuches en el siglo XX es un texto que nos aporta antecedentes importantes del devenir

histórico mapuche, escrito por una persona experta en el tema y que habla con conocimiento de causa. Esperamos que el trabajo de Bengoa contribuya a que podamos entender y porqué no comprender, evocando el pasado, lo que ocurrió y ocurre hoy con nuestros hermanos mapuches.

Bernstein, Richard J., *El abuso del mal. La corrupción de la política y la religión desde el 11/9*. Buenos Aires, Katz Editores, 2006, 228 pp.

Por Alejandro Piñero González
(Universidad de Cádiz)

Qué duda cabe que el 11/9 se ha transformado en un suceso clave para comprender el panorama internacional de este recién nacido siglo XXI. Las consecuencias de esta fatídica fecha superan con mucho lo meramente político y ahondan sus raíces en muchos aspectos de la mentalidad colectiva estadounidense y, por qué no también, mundial. La bibliografía sobre este suceso no ha rebasado la perspectiva historicista de los hechos, y en demasiadas ocasiones el 11/9 es una fecha que queda relegada a periodistas e historiadores como coyuntura específica de sus campos de acción. Nuestro autor, el filósofo Richard J. Bernstein, un pragmático norteamericano chapado a la vieja usanza, más cerca del clasicismo de John Dewey que del escepticismo posmoderno. En su obra se plantea analizar cual ha sido el impacto exacto de tan importante suceso sobre aspectos, tan esenciales para la vida pública en democracia de hoy, como la retórica política o la percepción y práctica religiosa. Con un discurso inicial un tanto simplista y evidente el autor desdibuja apoyándose, a menudo, no solo en referencias filosóficas sino también en hechos incontestables, como la corrupción del discurso político en EE.UU. afecta de forma directa al devenir de las relaciones internacionales y la estabilidad mundial. Suponiendo, por tanto, esta obra una innovadora perspectiva sobre los atentados del 11/9 y poniendo de manifiesto la relevancia colectiva de la filosofía a la hora de una construcción responsable de la vida democrática.

La idea capital del libro y sobre la cual va a girar todo el discurso del mismo va a ser la corrupción de la retórica política a partir del 11/9. Bernstein identifica una nueva forma de abordar el problema internacional al que se enfrenta EE.UU. tras los atentados. Frente al denominado falibilismo pragmático, que viene

siendo tradicional en la mentalidad colectiva estadounidense (según el autor desde el final de la guerra civil), el 11/9 saca a la luz una nueva forma de enfrentarse al problema del terrorismo, consistente en una continua e irreverente apelación a los absolutos morales. Que es fácilmente identificable con los discursos maniqueos del “eje del mal” o “la lucha contra el mal”. No obstante en un primer momento Bernstein echa mano de los filósofos pragmatistas norteamericanos como Dewey o William James para construir a groso modo las características del falibilismo pragmático norteamericano que estima en franco abandono. Lo define como una conducta filosófica, política y, en buena medida, colectiva que se comienza a asimilar a partir del final de la Guerra Civil y que ya entrado el siglo XX pasa a formar parte del “modus operandi” de la política americana. Básicamente esta tendencia apela, según el autor, a la incertidumbre como herramienta para analizar una problemática concreta y lograr extraer conclusiones significativas. Podríamos sintetizar este pensamiento en unas pocas máximas: antiescepticismo, porque la duda exige tanta justificación como la creencia; falibilismo, porque ninguna creencia puede tener absoluta garantía metafísica de que jamás necesitará ser revisada; Y negación de una dicotomía insalvable entre hechos y valores. En esencia un pensamiento útil, prudente y cívico, tremendamente vinculado a las prácticas democráticas y fácilmente relacionable con la tradición norteamericana.

En frente tenemos el nuevo modelo de discurso que, según Bernstein, resulta como poco antipolítico. Este absolutismo cristaliza en la identificación del mal con el fenómeno terrorista. De manera que esta certeza moral no deja cabida a debate alguno. Y conscientes o no, los artífices de esto están, comenta el autor, haciendo mucho daño de cara a encontrar salidas al problema del terrorismo. Este absolutismo político, ésta certeza moral de identificar el mal con un grupúsculo concreto, según Bernstein, pone enormes trabas y dificulta una percepción seria y clara acerca de por qué tanta gente en el mundo simpatiza con la causa de los terroristas. Expuesto esto, La obra da un giro para centrarse en fundamentar con hechos el surgimiento de este nuevo absolutismo maniqueo a partir, sobretodo, de los atentados del 11/9. De manera que las invasiones de Irak o Afganistán son las verdaderas fuentes de la construcción de esta secuencia lógica que el autor plantea para difundir el discurso. En su definición no van a

faltar referencias a los discursos de los años 30, tomando como referente anterior el fenómeno nazi como identificación del mal absoluto. Resulta muy curioso el tratamiento paralelo que establece entre ambos sucesos para contribuir al reforzamiento de su tesis.

Otro espacio importante en su libro nos viene dado cuando se ocupa de exponer aquellas causas que hacen que este nuevo discurso incipiente choque con una práctica democrática correcta. Apoyándose en los escritos y reflexiones de Hanna Arendt, el autor va desdibujando cual es la esencia misma de una vida democrática saludable. A través de múltiples variables como, el debate, el espacio público, la libertad la opinión, se desglosan los principios más fundamentales del régimen democrático en el que los absolutos no tienen cabida. Para Bernstein la recuperación de Bush de los maniqueísmos decimonónicos solo conducen a más violencia y a meras soluciones parciales. Buena parte de esta corrupción de la vida democrática el autor nos la analiza a través de las reflexiones del jurista alemán Carl Schmitt. Para este las categorías políticas y morales no son equivalentes, y sus metodologías analíticas jamás pueden coincidir, de manera que hablar de un enemigo político no es nunca hablar de un enemigo moral. Además para nuestro autor esta reflexión es la piedra angular de su crítica al discurso post 11/9 iniciado por Bush. Y es que una apelación continua a los absolutos morales construye al cabo un discurso antipolítico, de forma que la intensidad absoluta de la teología parece haber contaminado sin remedio las ambigüedades prudenciales del discurso político.

Además se transforma en un problema aun mayor cuando usamos esa definición de enemigo político, equiparándolo a enemigo moral, para definirnos políticamente nosotros también. Es decir tan pronto como este discurso comienza a dar pingües beneficios electorales y los políticos de turno lo asumen como principio rector de su personalidad política. Sin duda una tragedia democrática en toda norma.

Finalmente Bernstein se ocupa en la recta final de su obra del impacto que está teniendo esta etapa de simplismo moral sobre la práctica religiosa. En ruptura con una tradición de moderación y sensatez en el lenguaje religioso en los países democráticos. Nuestro autor denuncia que la deriva política hacia una visión dicotómica del mundo ha influido sobre los

representantes religiosos. Y el caso analizado es el estadounidense, donde la Nueva Derecha Cristiana se ha apoderado de este discurso maniqueísta que analizamos para recuperar valores ya superados como la identificación del mal o la infalibilidad de Dios. Además el autor denuncia en esta esfera, más si cabe que en las anteriores, ese tremendo error que acontece cuando se confunde la convicción moral subjetiva con la certeza moral objetiva.

El cóctel que obtenemos cuando combinamos, de un lado, el maniqueísmo político, y del otro, el renovado absolutismo religioso, resulta ser un triste deterioro de la convivencia democrática, que al cabo es la esencia del discurso que se plantea en esta obra.

La respuesta constructiva de Richard J. Bernstein es digna de la honesta noción de lo que debe ser la convivencia humana democrática.

Apelar a un uso correcto de los absolutos morales, denunciar las reivindicaciones falsas y erróneas de certeza moral deben pasar a nuestro corolario democrático básico si se quiere superar esta etapa de depravación democrática que tan magistralmente nos describe el autor en esta breve obra.

En definitiva este libro supone una innovadora visión sobre la repercusión de los atentados del 11 de septiembre. Y es que la influencia de este hecho capital en todas las facetas del orden mundial son enormes. Bernstein nos alerta desde su prisma filosófico de lo que acontece en EE.UU., pero lo cierto es que todos tenemos mucho que aprender de este magistral análisis en momentos donde la crispación política es ya común en la escena política internacional.

Por otra parte no quiero terminar sin antes destacar las impecables formas del autor que, dentro de la retórica específica de la disciplina filosófica, ejecuta un discurso claro, limpio y perfectamente estructurado, donde son comunes las referencias tanto estadísticas como bibliográficas, que suelen pasar por notas de prensa o alusiones a discursos y mítines.

Que en cualquier caso resultan de suma utilidad. No me cabe la menor duda de que obras como esta ayudarán en plazo medio de tiempo a dimensionar correctamente ese turbulento periodo de tiempo que están siendo los inicios del siglo XXI.

Carroll, James, *La casa de la guerra. El Pentágono es quien manda.* Barcelona, Crítica, 2007, 996 pp.

Por David Molina Rabadán
(Universidad de Cádiz)

El denominado “triángulo de acero” (la conjunción de las fuerzas armadas, la industria armamentística y altos cargos del gobierno, el Congreso y el Senado estadounidenses) ha suscitado desde hace décadas interés por la impronta belicista con que ha marcado el diseño de la política exterior estadounidense. La utilización del recurso armado o la amenaza con la misma ha sido un elemento principal de la diplomacia estadounidense desde los inicios de su ascenso a la condición de potencia hegemónica mundial.

El consejo de Theodore Roosevelt sobre la necesidad de “hablar suavemente con un gran garrote a mano” ha sido una de las constantes de las sucesivas administraciones estadounidenses y su presencia se hace evidente ya en conflictos mundiales o en las “pequeñas guerras”. Puede que Washington sea proclive a aventurarse en proyectos de arquitectura de la sociedad internacional de extrema complejidad (y éxito): Sociedad de Naciones, ONU, FMI, Banco Mundial, OTAN... pero todo ello es producto de una anterior intervención militar que se ha saldado con una aplastante victoria, lo que ha permitido dictar a Estados Unidos desde una posición de preeminencia el qué y el cómo de la agenda mundial. La guerra es en cierta forma, una compañera de viaje más de la política estadounidense y los cuadros políticos y la opinión pública de ese país parece que desde hace tiempo se han acostumbrado a ello.

Sin embargo, no había demasiados estudios que abordasen de una forma rigurosa y sistemática los orígenes, estructura y funciones de la institución clave que desde la Segunda Guerra Mundial ha velado por la seguridad del país estadounidense y de sus intereses en el exterior: el Pentágono.

Aunque de manera indirecta se podían encontrar referencias a este actor indiscutible de la política interior y exterior de la superpotencia norteamericana, la filosofía, debates internos, nombres clave... que nos ayudasen a ilustrar el desarrollo de esta figura de la administración y gestión del ejército más poderoso de la historia se presentaban de forma elusiva.

Hoy el Pentágono se encuentra en un punto de inflexión. Resurgido de sus cenizas tras los atentados del 11-S, no puede olvidar que en los últimos años se ha visto sometido a una serie de urgentes y extensas reorganizaciones ante una sucesión de sonoros fracasos. Los fiascos del Líbano y la isla de Granada o la imposibilidad de proteger suelo estadounidense ante los ataques terroristas, así como el estancamiento en Irak y Afganistán, no pueden ser olvidados por éxitos como la Segunda Guerra del Golfo a comienzos de los noventa. En un momento de giro copernicano de la posición internacional de Estados Unidos y del cometido de sus fuerzas armadas (que de la contención han pasado a un papel plenamente ofensivo), evaluar la historia y la identidad de “la casa de la guerra” se hace indispensable.

El autor, premio nacional de literatura de no-ficción en 1996 por su trabajo *An American Requiem: God, My Father, and the War that Came Between Us*, lo logra con una narración interesante y personal. Una obra que ha merecido ser calificada por el Chicago Tribune como “el primer gran libro americano de no-ficción del nuevo milenio”. Los recuerdos ligados a su vida y familia, las entrevistas realizadas a personas que conocieron a su padre (primer director y que ocupó el cargo durante más tiempo de la Agencia de Inteligencia de la Defensa o DIA) como el exsecretario de Defensa McNamara... son de gran valor para mostrar los recovecos de la intrahistoria de la burocracia militar estadounidense de la segunda mitad del siglo XX y su especial relación con la clase política de ese país.

La primera conclusión tras la lectura de esta obra es que la trayectoria del Pentágono es un ejercicio a tres voces. Las pugnas entre el Ejército, la Fuerza Aérea y la Armada son constantes en campos tales como asignaciones presupuestarias, personal o prioridades estratégicas. Un ejemplo de ello sería el famoso asunto de la “brecha de misiles” que Kennedy utilizó en su campaña por la presidencia y que estaría basado en una sobreestimación sistemática y diferenciada por parte de las tres ramas de las fuerzas armadas estadounidenses de los proyectiles balísticos intercontinentales soviéticos.

Estas discrepancias en una materia tan sensible para la inteligencia y seguridad nacionales llevarían a que se reforzasen los esfuerzos de coordinación bajo la figura de la DIA.

La sombra de la guerra nuclear (la preocupación principal del libro, entre otros motivos por la experiencia personal cosechada por el autor en la lucha por el desarme) ha sido uno de los promotores del poder y omnipresencia del *establishment* militar-industrial. La posibilidad del uso de armas nucleares en conflictos bélicos ha sido una posibilidad que ha reforzado la autonomía de la cúpula militar estadounidense y avalado sus constantes peticiones de fondos. La carrera armamentística se constituyó en un circuito de retroalimentación donde el control de los civiles sobre los hombres de uniforme progresivamente se diluía a pesar de puntuales esfuerzos por evitar que esto sucediera. La victoria de Truman sobre McArthur en torno a Corea y la extensión del conflicto a China no fue más que parcial y condujo a un refinamiento de los métodos y protocolos de actuación por parte del Pentágono. Las peticiones de información sobre el Plan Único de Operaciones Integradas u otra serie de informes que detallasen la respuesta de los Estados Unidos ante una amenaza soviética o de otros países que implicase el uso del arsenal estratégico se obviaban la mayoría de las veces, incluso hasta los años sesenta, por parte de la alta oficialidad estadounidense. Los enfrentamientos de Curtis LeMay con el presidente Kennedy y su tensa relación, vívidamente retratada en la obra, no eran más que la exteriorización del disgusto de una cuasicasta que veía invadido sus dominios por quienes consideraban advenedizos.

En este intento de exclusión del poder civil sobre la maquinaria militar estadounidense, el autor recuerda el papel desempeñado por los “soldados de plomo” o “intelectuales de la defensa” como correa de transmisión de los círculos militares con congresistas, senadores y cargos de las oficinas presidenciales que pudieran serles de ayuda en sus planes. Los casos de Paul H. Nitze y de George Kennan ejemplifican cómo los discursos, argumentos y justificaciones de la agresividad y poder del Pentágono no provenían únicamente de los cuarteles. Asimismo, la canibalización por parte del Departamento de Defensa del de Estado que se ha venido realizando desde los inicios de la Guerra Fría se ha agravado, tal y como advierte el libro, con la consecuencia de que la diplomacia estadounidense en ocasiones ha sido indistinguible del rostro de sus fuerzas armadas. Los responsables de cada uno de los comandos en los que se ha dividido la influencia y presencia militar estadounidense por todo el planeta adquieren la categoría de procónsules

imperiales (tal y como algunos de ellos asimismo se han descrito) puesto que su “imperium” no sólo se extiende a las obligaciones puramente castrenses sino que llega a otras áreas del gobierno y gestión administrativa.

Por último, se destacaba en la obra que el control sobre las armas nucleares y en especial las restricciones a su uso, así como el rechazo a la guerra preventiva fueron dos normas que las administraciones presidenciales habían logrado imponer trabajosamente a los mandos del Pentágono durante cuarenta años de Guerra Fría. El legado de George W. Bush será sin embargo el de haber enterrado esta doctrina de guerras defensivas y limitadas. El arsenal atómico estadounidense vuelve a ser una posibilidad inquietante, ya sea en el plano táctico como estratégico. Asimismo, las intervenciones en Afganistán y sobre todo Irak aumentan la desconfianza sobre las intenciones y agresividad de la hiperpotencia estadounidense.

La obra constantemente retrotrae al lector al juego de ilusiones en el que está envuelto el Pentágono. Se creía que los soviéticos tardarían veinte años en vez de cuatro para lograr su primera bomba atómica, que China no intervendría en Corea del Norte, que los misiles y cabezas nucleares soviéticas duplicaban a las estadounidenses, que las campañas de bombardeo doblarían a los norvietamitas, que Irak no entraría en Kuwait, que el 11-S jamás tendría lugar... Este estado de neurosis permanente, de amenazas fantasmagóricas (que tendrían en el secretario de Defensa James Forrestal su epítome con su crisis nerviosa, sus gritos de “¡Qué vienen los rusos!” y su suicidio) que no se cumplen pero que son sustituidas por sorpresas y reveses inesperados que alimentan a las primeras, justifican según el autor la permanente sensación de vulnerabilidad y mentalidad de asedio predominantes en Estados Unidos. La consecuencia de todo ello es una acumulación todavía mayor de poder y fondos presupuestarios en manos de los burócratas del Pentágono. En este camino de engrandecimiento continuo en base a mentiras y errores, los cadáveres abandonados en la cuneta de quienes se opusieron a ello (de nuevo su padre, entre otros) son abundantes, así como las historias de hundimiento físico y emocional (el ya citado McNamara). James Carroll no es historiador ni politólogo. Es un escritor que a través de la literatura quiere exorcizar sus demonios interiores. Esto en ocasiones es una ventaja pero

en otras un inconveniente. El libro muchas veces pierde el hilo, naufraga en la subjetividad y obsesiones del autor: la guerra nuclear, la relación con su padre, Curtis LeMay... Las cuestiones más prosaicas y técnicas de doctrina estratégica, organización administrativa, evolución presupuestaria son obviadas o disueltas en un mar de declaraciones y reflexiones personales que obligan a tener que excavar en la montaña de palabras para obtener datos e informaciones sólidas. Sin embargo, se trata de una obra redactada en base a testimonios de primera mano, de un conocimiento profundo e íntimo de la institución y con una especial sensibilidad que sólo da el hecho de haber vivido a la sombra de un edificio que nació un 11 de septiembre y que en otro 11-S ha tenido la oportunidad de hacerse aún más grande y poderoso.

Esparza, José Javier, *Los ocho pecados capitales del arte contemporáneo*. Córdoba, Ed. Almuzara, 2006, 172 pp.

Por Juan José López Cabrales
(Universidad de Cádiz)

A la hora de elegir un libro para realizar una reseña, ciertamente que resulta más gratificante presentar algún título cuya lectura haya resultado agradable e instructiva y, aplicando el clásico delectare el prodesse, hacer de la reseña invitación a la lectura.

No es este, sin embargo, el caso que ahora nos ocupa. La obra de la que a continuación voy a hablar y que se presenta desde la misma portada como “una denuncia despiadada y profunda de las estafas del arte contemporáneo” resulta una lectura difícilmente digerible si alguien posee una mínima formación o algún tipo de inquietud en el plano estético.

Periodista, crítico de televisión en Vocento e Historiador improvisado para la cadena COPE, Esparza se mete también a esteta y elabora uno de esos catálogos inquisitoriales que ya desde el título y la exposición nos muestran un espíritu basado en un clericalismo mal entendido de quien indudablemente, si pudiera, enviaría a la hoguera, cual Savonarola postmoderno, todas las creaciones artísticas de los últimos años y posiblemente también a quienes las hicieron.

En el arranque mismo de su libro, el autor tiene la honradez de reconocer que “no es un tratado de teoría del arte ni, más ampliamente de teoría

estética”. Efectivamente, se trata de una serie de tópicos y lugares comunes sobre la miseria del arte actual y de por qué el público no lo entiende, adornados con algunos ejemplos de obras de ayer y de hoy, pero carente en absoluto de espíritu teórico y de propuesta alguna.

Los “ocho pecados capitales” son la enfermedad de lo nuevo, la desaparición del referente visible, el soporte insoportable, el imperio de lo efímero, la tentación del nihilismo, la subversión como orden nuevo, la subjetividad náufraga y el destierro de la belleza.

A nadie se le escapa que existe una elevada dosis de miseria en el arte actual. Que junto a creadores interesantes y comprometidos existen otros mediocres que como mérito principal reúnen una serie de habilidades sociales y cierto sentido de la oportunidad para estar en el lugar adecuado y bajo la sombra del árbol adecuado. Un buen reflejo de todo este larvadero de intrigas, ambientado en el mundo del informalismo español de los sesenta, nos lo ofrece la novela de Fernández Santos *Laberintos*.

Pero mucho me temo que esto no es un rasgo propio del momento actual, sino una constante del alma humana. Y los diversos estudios de la Florencia de los Medicis, por poner un ejemplo de un momento de florecimiento artístico sin parangón, así lo atestiguan.

El señor Esparza, en su afán purificador, no se limita a condenar esas modernas instalaciones que nos dejan un poco boquiabiertos, o esos frascos de formol con cadáveres de animales levitando. Sus afirmaciones son tan gratuitas como la siguiente: “Los estragos en el arte han causado el dadaísmo o la música atonal son tan indelebles como los que sobre el globo terráqueo ha dejado la bomba nuclear”. Discutir a estas alturas la contribución de la música de Schönberg o de la creatividad de Picabia coloca al autor de este panfleto al mismo nivel, pero 140 años después, que a los críticos que se escandalizaban en los salones ante los cuadros de los primeros impresionistas, a los que habría que saber si también habría que meter en el mismo saco de autores susceptibles de caer en la hoguera de los pecadores.

La propuesta de penitencia se resume, como suele ser habitual en este tipo de manifiestos, en la regresión y la vuelta a la tradición, basada en una recuperación del sentido de la belleza, por

más que el propio autor se de cuenta de lo complicado que es elaborar un concepto adecuado de qué es lo bello.

Se trata, en definitiva, de una serie de afirmaciones positivistas y que no atacan el problema fundamental del arte contemporáneo, su conversión en producto de mercado en manos de un entramado que, a imagen y semejanza del entramado comercial que rige nuestra sociedad globalizada ha hecho del arte un objeto de consumo más, sujeto a las implacables leyes de la oferta y de la demanda y a los fallos del mercado (especialmente a los que tienen que ver con la publicidad engañosa). Y un buen ejemplo de esta idea lo hallamos en la siguiente afirmación: “Se puede guardar un Velázquez o un Turner en un museo, pero sería absurdo guardar una instalación de Sierra: El Velázquez o el Turner tienen valor en sí mismos, la instalación solo tiene valor porque se expone, porque se muestra, porque va de un lugar a otro llamando la atención”. Esta idea del valor en sí, nos remite a una immaculada percepción, totalmente superada y que nos exime de mayores comentarios. Del mismo modo, la ausencia total de base teórica se manifiesta en esta apreciación filosófica, tan mal traída a colación: “A la pregunta de estilo heideggeriano “por qué el ser y no, más bien, la nada”, el arte contemporáneo responde decididamente, antes incluso de plantearse la pregunta, con una apuesta inequívoca por la nada”.

En su propuesta por la vuelta a la belleza, Esparza olvida obras insuperables como el buey desollado o el Inocencio X –o su conjunción en Bacon-, obras que indudablemente no son bellas pero sin duda constituyen cimas, igual que cuando vemos un lienzo de van Gogh o una composición de Pollock.

No cabe duda de que el arte contemporáneo se halla cargado de mistificaciones en las que la genialidad se confunde con el alarde de cinismo (¿dónde ubicar el blanco sobre blanco de Malevich?). Pero en esto se ve igualado por sus críticos. Enfatizarán éstos que a veces son pinturas de niños pequeños las que ganan concursos de pintura o se escandalizarán con la merda d’artista de Manzoni, y recordarán con esa actitud los relatos clásicos de cómo los pájaros acudían a comer la fruta que había pintado Apeles, relatos que me repitió un guía en la Cartuja de Granada sobre los clavos de la cruz del refectorio, poco antes de sorprenderme al afirmar que las manchas de óxido en la

alberca de la sala de los abencerrajes eran restos de la sangre de las cabezas que allí amontonó Boabdil.

Libros como el de Esparza (que se cierra con dos ensayos más, igualmente prescindibles, uno sobre la nada y otro sobre la televisión), se hallan llenos de guiños semejantes y de manera semejante, su propuesta concluye en la necesidad de apilar cabezas, cabezas de artistas contemporáneos, en este caso. Una crítica despiadada para un libro despiadado y además inútil.

Ferguson, Niall, *Coloso. Auge y decadencia del imperio americano*. Barcelona, Debate, 2005, 504 pp.

Por David Molina Rabadán
(Universidad de Cádiz)

El poder acumulado por Estados Unidos a lo largo de su historia ha conseguido que su imagen, roles, objetivos y contradicciones acaben proyectándose sobre el conjunto del sistema internacional de una forma inusitada. Reflexionar sobre el gigante norteamericano es, en cierta forma, un ejercicio de análisis de los posibles escenarios que aguardan al mundo en sus más diversas manifestaciones: política, economía, cultura, sociedad... A pesar de la progresiva multipolaridad que se detecta en todos los niveles de la existencia, Washington continúa concentrando la atención y pensamiento mundiales ya sea a favor o en contra, desde posturas optimistas o pesimistas. Este enfoque dialéctico es el que domina habitualmente la mayoría de discusiones, ya sea en ámbitos restringidos al mundo de la academia y la tecnocracia o en aquellos pertenecientes a la opinión pública.

Estados Unidos no sólo constituye un caso excepcional por el mero hecho de cómo focaliza y radicaliza los debates acerca de la estructura y dinámica del sistema mundo. En una era calificada de posmoderna, en la que se vaticina la retirada del Estado y el ascenso de formas y estrategias políticas alejadas de los patrones de la contemporaneidad, USA se presenta como un caso exitoso de Estado-nación, donde se conjugan los principios de la *realpolitik* clásica con las nuevas estrategias de la sociedad informacional. Valores tradicionales conviven junto a otros innovadores y de esta mezcla surgen preguntas sobre la persistente dualidad de esta “hiperpotencia” que combina actitudes

aislacionistas con intervencionistas, liberales con realistas y diplomáticas con militares. Puede ser el arquitecto de la sociedad internacional (ONU, FMI, Banco Mundial...) y al mismo tiempo su dinamitero, de acuerdo a la variación de sus intereses y del momento de sus capacidades. Un ejemplo de esta “esquizofrenia” estratégica podría ser la cuestión imperial, en la que se centra uno de los últimos libros del profesor Niall Ferguson, quien al igual que el coloso estadounidense ha aunado en su trayectoria reciente los asuntos económicos con los estrictamente políticos y militares con notable éxito: *The House of Rothschild: The World's Banker* (2000), *Dinero y poder en el mundo moderno, 1700-2000* (2001), *El imperio británico: Cómo Gran Bretaña forjó el mundo* (2005) o *The War of the World: History's age of hatred 1914-1989* (2006).

Estados Unidos, tal y como defiende el autor, posee unos recursos y ejerce un poder inigualable sobre el resto del mundo. Ningún imperio a lo largo de la historia ha ejercido tal dominio. Sin embargo, tanto sus élites como bases sociales rechazan el apelativo imperial para designar la naturaleza y cariz de sus acciones. Esta “República Imperial” ha sabido aunar los postulados de la democracia y la libertad con instituciones y prácticas que responden fielmente a los objetivos de hegemonía y control de los asuntos internacional y de su misma concepción. Marca y al mismo tiempo diseña la agenda mundial así como las reglas del juego que respetar. Pero tal hecho o es fuertemente criticado por parte de los sectores progresistas estadounidenses o disimulado si bien aceptado como algo positivo por parte de los grupos de orientación más conservadora.

La naturaleza o no imperialista del proyecto y hegemonía estadounidense ha suscitado una acalorada polémica y provocado un aluvión de estudios al respecto a medida que ha ido creciendo una nueva mayoría que defiende abiertamente el carácter imperial de los Estados Unidos en el siglo XXI. Kosovo, Afganistán e Irak son piedras miliare, sostienen, del camino hacia un imperio benigno y humanitario, un “imperio liberal” que defienda los valores de la democracia y el libre mercado. Max Boot o William Kristol son ejemplos de esa tendencia que propugna la creación de instituciones gubernamentales semejantes a las secretarías o ministerios coloniales de las potencias europeas coloniales y más concretamente, del Reino Unido. Estados Unidos, en palabras del senador

Fullbright, debía ejercer las “responsabilidades del poder” que conllevaba ser una superpotencia, y hoy, según la lógica de estos intelectuales ligados al movimiento neoconservador, como vencedora de la Guerra Fría ha de llevar más allá su compromiso. Una mezcla de elementos conocidos en el panorama político estadounidense: idealismo wilsoniano y músculo reaganista, para confeccionar un panorama totalmente desconocido en Washington.

En las páginas del libro se nos recuerda la historia de las diversas formas encubiertas de imperialismo estadounidense a lo largo de su historia. Sólo en un momento estuvo a punto de mostrarse abiertamente como potencia imperialista, que coincidió con el inicio de su ascenso a la supremacía mundial: la guerra hispano-cubana con la ocupación de las Filipinas. Hay que destacar que en las encrucijadas de la política exterior estadounidense (las victorias en los conflictos de 1898, la II Segunda Guerra Mundial y la Guerra Global Contra el Terrorismo) siempre ha reaparecido el fantasma imperial. Pero con muy diversa fortuna. Mientras que las ocupaciones de Japón y Alemania fueron un éxito, Filipinas y actualmente Afganistán e Iraq constituyen sonoros fracasos donde puede apreciarse, a pesar de las décadas de distancia, un patrón de conducta estadounidense. Y es que a pesar de un impresionante éxito militar inicial, las evaluaciones erróneas acerca de la situación política y los sentimientos de la población ocupada, la falta de una estrategia de guerra a largo plazo, el consiguiente desengaño de la opinión pública estadounidense ante el estancamiento del conflicto y la presión sobre las finanzas estadounidenses... conllevan a que se opte por un aumento escalonado de las tropas para preparar una salida que al final resulta caótica, basada en una democratización superficial y prematura de las estructuras políticas del país invadido que poco o nada resistirán tras el cese del apoyo de Washington.

Dentro de este recetario para el desastre, el autor señala especialmente la falta de una conciencia realista y comprometida con unos objetivos claros y una misión ambiciosa, como una de las principales fallas de la acción internacional estadounidense. No sólo existen problemas a la hora de conseguir los recursos económicos, políticos y militares sino también para movilizar voluntades y convencer de la necesidad de una acción abierta, total y decidida. Si en los años

ochenta del pasado siglo la teoría del “exceso imperial” de Paul Kennedy avisaba de cómo el gasto sin freno en el mantenimiento del poder militar podía acabar socavando las bases del crecimiento económico y por tanto, producir el mismo resultado que se quería evitar, ahora los factores materiales no son tan importantes como los intangibles de una estrategia y de un clima de consenso entre la opinión pública y el arco político estadounidense acerca de las bondades de proyectos de ocupación que signifiquen décadas de presencia militar estadounidense, ayuda económica y apoyo político. Una combinación de elementos militares y civiles puede ser mutuamente beneficiosa y revertir en el éxito global del operativo: la rapidez y eficacia en la reconstrucción del país ocupado puede ayudar a sufragar los gastos de las fuerzas de ocupación estadounidenses y a reducir la presión que sobre sus efectivos se ejerce (ya que progresivamente irían contando con la colaboración de unas fuerzas armadas y de seguridad nativas más fuertes), y estos pueden ayudar a crear el clima de paz y estabilidad tan necesarios para que la maquinaria productiva y política del país pueda volver a funcionar. Pero intentar conseguir estos resultados con un horizonte temporal de cinco años es francamente utópico.

¿Qué le falta a Estados Unidos? Básicamente tres cosas: capital, personal y voluntad. Es decir, necesita las aportaciones de capital del resto del mundo para financiar sus aventuras exteriores; el número de sus fuerzas armadas y voluntarios civiles que podrían servir en la administración de los territorios ocupados y en el servicio diplomático es insuficiente y el proyecto imperial todavía no forma parte de la cultura política e identidad de los estadounidenses en el siglo XXI. Estos requisitos no son imprescindibles per se. Numerosos imperios han vivido a la sombra de sus acreedores, confiando en las élites de los países conquistados y presentándose bajo formas que ya ha experimentado el gobierno estadounidense o que no desagradarían a su sensibilidad, como el “imperialismo reactivo” o el “imperialismo por invitación”.

Sin embargo, la ausencia de alternativas existentes obliga a que frente a la amenaza de la apolaridad, el dominio estadounidense sea la opción preferida por el autor. Tras examinar a China y Europa, Ferguson concluye que no se vislumbra un *challenger* capaz de doblegar al gigante estadounidense. La irresponsabilidad

que supondría una retirada por parte de Estados Unidos de sus obligaciones mundiales se agravaría por el hecho de no encontrar un “digno” heredero.

La obra presenta numerosas ventajas así como también inconvenientes. Sintetiza las fuentes del poder imperial estadounidense, una historia del mismo y el pensamiento que sobre aquel se ha generado, así como las consecuencias que este siglo americano y sobre todo, la prolongación del mismo, podrían tener para el mundo.

Pero por otra parte, el autor peca de una visión exclusivamente empírica, alejada de reflexiones conceptuales que podrían haber sido de gran interés.

Por ejemplo, su idea de imperio y los fundamentos teóricos de ésta no aparecen clara y profundamente dibujados.

Su diferenciación con respecto al término “hegemonía” no favorece la sencillez y capacidad interpretativa, sino todo lo contrario.

Su enfoque anglocéntrico y modernista le priva de la riqueza de una perspectiva comparada de larga duración como el que podría haber proporcionado la inclusión de mayor número de referencias y reflexiones sobre los imperios español, holandés, otomano, romano, etc.

El declarar que un imperio estadounidense es de por sí una realidad favorable para los intereses de la población mundial puede resultar tendenciosa y subjetiva. Asimismo, cuando se aluden a los peligros de la apolaridad y a la falta de alternativas para la *Pax Americana*, no se realiza un análisis consistente y profundo, ni meramente superficial.

El estudio de la posición actual y dinámica futura de la Unión Europea y China abusa de lugares comunes y obvia desarrollos (investigación científica y tecnológica, el fenómeno migratorio, desarrollo de las fuerzas armadas, proyección diplomática...), que podrían dar al traste en poco tiempo con algunas ideas preconcebidas sobre la naturaleza y el resultado de la rivalidad entre USA y sus competidores más próximos en la carrera por la hegemonía mundial.

En resumen, un libro polémico, escrito en un tono claro y provocador que ayuda a pensar sobre el futuro de un debate interno en el seno

de una de los países más poderosos de la historia y de cuyo resultado dependerá en buena parte el futuro de la configuración y estabilidad del orden mundial.

Fernández Navarro, Antonio, *Sindicatos y empresarios almerienses ante la construcción de la democracia*. Almería, Instituto de Estudios Almerienses-Diputación de Almería, 2005, 263 pp.

Por Áurea Vidal Gómez
(Universidad de Almería)

Este libro, resultado de la tesis doctoral de Antonio Fernández Navarro, aborda el estudio de los grupos de interés y las prácticas de concertación social en el contexto de la transición a la democracia en España, tomando como punto de partida las teorías neocorporatistas. De hecho, se trata de un estudio realizado desde presupuestos teóricos tomados de la sociología y la ciencia política, es decir, que emplea una metodología que difiere de la empleada por los historiadores. No obstante, este tipo de trabajos son necesarios en cuanto complementan y contribuyen a una mayor interdisciplinariedad, en un momento en el que “[...] lo que mejor define el presente panorama no es la mirada nostálgica a una mera historia de las grandes figuras y de los fenómenos constitucionales. Su rasgo principal consiste en un cruce de argumentos donde se discuten las alianzas con otras disciplinas intelectuales y la capacidad divulgativa de los historiadores”¹.

De esta manera, su objeto de estudio es la creación, los proyectos y la práctica de las organizaciones empresariales y obreras en el contexto del naciente sistema democrático en el marco geográfico de la provincia de Almería.

Para ello, ha estructurado su estudio en tres partes divididas en seis capítulos; después de una breve introducción, el autor nos adentra en el debate teórico e historiográfico en torno al neocorporativismo, definiendo a la sociedad corporativa como aquella en la que la clase queda determinada por la estructura ocupacional y por la integración de las personas en la nueva unidad de organización social, la corporación.

En este contexto, el Estado se encargaría de establecer el marco legal de la negociación contribuyendo de esta manera a la desaparición del sindicalismo revolucionario.

En la segunda parte, a través de un único capítulo que Fernández Navarro define como “de marcado carácter histórico o de historia política”, en realidad se atiene a la periodificación establecida por el sociólogo Linz para poder establecer la relación entre los intereses económicos entre sí y con los diversos regímenes políticos que se sucedieron en España desde el último cuarto del siglo decimonónico.

Los tres últimos capítulos constituyen “el estudio de caso” en tanto que versan sobre la Asociación Empresarial Provincial de Almería, la Unión General de Trabajadores y la Unión Provincial de Comisiones Obreras.

Teniendo en cuenta que el asociacionismo empresarial durante el proceso de transición a la democracia no partió de unas condiciones sociales y económicas similares en todo el país, ni de un contexto político lineal, el autor señala que el empresariado almeriense se organizó de manera peculiar respecto a lo que llegó a ser el prototipo de la CEOE o el modelo de otras confederaciones provinciales de la CEA. Así, estas particularidades no sólo podrían explicarse por las condiciones económicas tan determinadas de Almería, sino también por las opciones y criterios personales de sus fundadores.

Por otra parte, es de destacar la otra premisa de la que parte Fernández Navarro en este apartado dedicado a la organización empresarial, a saber, el riesgo que conlleva abusar de la perspectiva que ofrece el tiempo transcurrido, en el sentido de que podría parecer que el camino seguido finalmente era el único posible, obviando de esta manera los cambios, las incertidumbres o los retrocesos.

Asimismo, este movimiento asociativo fue impulsado por sectores conscientes de las transformaciones sociales y políticas que se venían dando desde los años sesenta. Es más, tal y como apunta este trabajo, las “características ideológicas y los proyectos políticos no eran coincidentes. Aún así, [...] no se puede hablar de la existencia de dos bloques empresariales, uno franquista y otro antifranquista”.

En lo que respecta al caso de ASEMPAL, su origen está vinculado a un grupo de empresarios que contactó con Rodríguez Sahún y Martín Villa, es decir, con representantes de las corrientes más reformistas del empresariado y del régimen. Esto, sin duda alguna, marcaría el

discurso de dicha asociación. De esta manera, públicamente siempre se declaró partidaria de las transformaciones democráticas, a la par que intentó que sus miembros se mantuvieran al margen de cualquier vinculación política.

No obstante, más allá del análisis de sus discursos, el autor se interesa por la percepción que se tuvo de los cambios sociales y políticos vistos a través de las repercusiones en el devenir de las empresas y de su propia concepción como grupo social “en cuanto basamento de una serie de propuestas y prácticas sociales”. Es decir, que en su estudio Antonio Fernández señala que el empresariado vio en la ausencia de libertades impuesta por el franquismo la imposibilidad de asumir libre y eficazmente la actividad económica, así como la politización de las relaciones laborales.

Además, respecto a esta organización, se concluye que los acuerdos neocorporativistas fueron positivos para el empresariado, en tanto que supusieron un avance importante en la resolución de problemas sociales y económicos y en la ruptura de concepciones políticas que se consideraban nefastas.

En cuanto al capítulo dedicado a la Unión Provincial de Comisiones Obreras, tras realizar un breve recorrido por el devenir de la oposición antifranquista en Almería, así como de la aparición de Comisiones en el territorio andaluz, el autor nos adentra en el proceso de aparición, implantación y desarrollo de este sindicato en Almería. Especial relevancia adquiere el apartado dedicado al funcionamiento y a los aspectos organizativos, puesto que estos terminarían siendo uno de los principales problemas de Comisiones en una provincia marcada ya desde los inicios de la transición por la práctica inexistencia de una tradición de lucha contra el régimen dictatorial. Es más, tal y como se constata en estas páginas, las cuestiones organizativas estuvieron estrechamente entrelazadas con los de su extensión. Tanto fue así, que un informe de Organización de marzo de 1981 señalaba que “continuamos con la etapa de construcción del sindicato”.

Por otra parte, los testimonios recogidos en este trabajo reflejan un sentimiento de desilusión entre los sindicalistas que de manera más especial protagonizaron la lucha por las libertades, ya que, a pesar de contribuir en gran medida a la consolidación democrática, fueron relegados a un segundo plano en el nuevo marco

sociopolítico. Asimismo, el anticapitalismo utilizado por sus dirigentes se empleaba con frecuencia para atacar las desigualdades sociales o la ausencia de derechos, más que para rechazar la economía de mercado. Si a ello se une el hecho de que se identificó durante mucho tiempo al empresariado con el régimen franquista, ser anticapitalista venía a ser una forma de antifranquismo.

Por todo ello, CCOO se vio forzado a dar un importante cambio en sus planteamientos con el objetivo de participar en el proceso de reforma democrática y continuar siendo un sindicato con una importante presencia, dada “la debilidad de las posiciones más combativas y radicales entre los trabajadores”.

El último epígrafe está dedicado a la Unión General de Trabajadores en la provincia almeriense, si bien, no olvida el marco regional. En su análisis, Fernández Navarro divide la trayectoria del sindicato ugetista en dos periodos separados por la fecha de 1980; hasta ese año se puso en pie la estructura organizativa de la UGT en un contexto de euforia y auge inicial de las organizaciones obreras que conocieron un incremento sin precedentes. A partir de ese momento distingue una etapa en la que, junto al estancamiento en su afiliación, se advierte la consolidación organizativa y la definición de su modelo sindical.

Así, a pesar de que la Unión General de Trabajadores no había protagonizado la lucha antifranquista en los años sesenta junto a las comisiones de obreros u otros grupos procedentes del apostolado católico, en muy poco tiempo consiguió hacerse sitio como una de las principales centrales sindicales incluso en zonas como Almería, cuya presencia fue prácticamente nula hasta 1977. Tal y como consta en este trabajo, un factor decisivo para la cohesión interna del sindicato y, por tanto, su afianzamiento fue la unificación en torno a un nuevo concepto de sindicalismo, la concertación social. De esta manera, Fernández Navarro señala que “la UGT fue el sindicato que en todo momento más decididamente propuso y participó en los acuerdos de tipo corporatista que, en una doble relación, se marcaron como objetivo y se derivaron de la concertación”.

Es más, para esta central sindical la concertación social tenía un significado plural tanto en sus aplicaciones como en sus consecuencias. En primer lugar, se podría entender como medio

para conseguir determinadas mejoras económicas y laborales para los trabajadores; en segundo lugar, como una forma de hacer sindicalismo y, por último, en cuanto una práctica social tendente a reforzar la transición y consolidar la democracia en España.

Por tanto, la escasa presencia de la UGT en el panorama laboral de finales del franquismo y principio de la transición no terminó siendo un problema insalvable, ya que su experiencia en el exilio y su peculiar relación con el Partido Socialista le permitieron ponerse en contacto con la socialdemocracia europea y, en consecuencia, con las transformaciones experimentadas en los sindicatos del viejo continente después de la segunda guerra mundial.

Esto contribuiría al éxito obtenido en su consolidación, además de la capacidad que mostró a la hora de compaginar lo reivindicativo con la negociación y participación institucional. En definitiva, a diferencia de CCOO, la Unión General de Trabajadores consiguió adaptarse mejor al modelo sindical que se inició con la transición.

Éstas son, pues, algunas de las ideas recogidas en esta obra de carácter sociológico desde la que se han planteado cuestiones bastante interesantes, si bien, en la que se han echado en falta más referencias en torno a las fuentes empleadas.

Tanto es así, que el autor nos habla de la desilusión generalizada entre los sindicalistas entrevistados, si bien, desconocemos sus nombres, sus cargos, su origen social y familiar, es decir, los posibles antecedentes políticos y sindicales de sus padres o abuelos, así como los criterios establecidos en su metodología a la hora de abordar las historias de vida, los informes, las actas, los periódicos y demás documentación escrita consultada.

Aún así, por todo lo expuesto anteriormente, ésta es una obra a tener en cuenta por todo aquél interesado en el papel que empresarios y organizaciones obreras tuvieron en la conformación del nuevo sistema sociolaboral y sindical.

NOTAS

¹ Pasamar, Gonzalo, *La historia contemporánea. Aspectos teóricos e historiográficos*. Madrid, Síntesis, 2000, 107.

Graham, Helen, *La República española en guerra (1936-1939)*. Barcelona, 2006, 611 pp.

Por Carmen González Martínez
(Universidad de Murcia)

El libro de Helen Graham (catedrática y especialista en Historia contemporánea del Dpto. de Historia en el Royal Holloway College de la Universidad de Londres) titulado *La República española en guerra (1936-1939)*, y dedicado *in memoriam*, a Herbert R. Southworth (+ 1999, historiador pionero de la Guerra Civil española), es la última aportación de la hispanista inglesa al conocimiento de este periodo tan importante y crítico de la Historia de España, tras el bagaje acumulado en anteriores y fundamentales obras suyas, como *El PSOE en la Guerra civil* (Debate, 2005). Este texto supone una de las más valiosas contribuciones del conjunto de las publicadas con motivo del 70º aniversario de la Guerra civil española, pero no se recrean aquí antiguas tesis de la autora bajo un nuevo título aprovechando la conmemoración del citado episodio histórico (crítica que podríamos dirigir a más de una de las últimas ‘novedades’ editoriales sobre el periodo analizado), al contrario, esta monografía supone una novedosa investigación donde se conjuga la síntesis histórica (de la que tan falta está la escritura de la Historia Actual en España) con el vaciado exhaustivo de fondos documentales y bibliográficos, la escritura ágil de estilo aunque rigurosa en la conceptualización y teoría, de tal forma que sirve a los propósitos del público especialista y exigente –para la ampliación del conocimiento del lector especializado–, como a la formación histórica de los neófitos en la materia.

Ya desde sus primeras páginas destaca del libro de Helen Graham la profusa utilización de la inserción argumentada que en él se realiza de información proveniente de artículos inéditos de época, de documentación archivística hasta el momento escasamente utilizada (Quaker Archive y Public Records Office, fundamentalmente), de prensa periódica, de referencias bibliográficas (libros, artículos y memorias, tanto de los protagonistas coetáneos como de las escritas con posterioridad), sin olvidar la más completa revisión crítica historiográfica sobre el periodo y las temáticas en él abordadas. Y por lo que respecta a su metodología de análisis recuerda, en las líneas maestras del libro, a la practicada en su día por el gran especialista M. Tuñón de Lara en los

fundamentales textos que él nos legó sobre la República: la perfecta imbricación entre historia política y social, sin olvidar las incidencias político-económicas (nacionales y foráneas) en el devenir histórico de la guerra (por ejemplo las devastadoras condiciones de la no intervención), al tiempo que la documentada investigación sobre las grandes estructuras caracterizadoras del ejemplo español desciende al detalle y a la profundidad del análisis en las cuestiones historiográficas más polémicas o controvertidas hasta el momento. Y no es nada fácil conjugar estas variadas perspectivas analíticas sin el riesgo de caer en compartimentos estancos y deslavazados, pero no es éste el ejemplo del texto de Helen Graham: si por encima de otros méritos destaca esta investigación es por la compleja 'textura' recreada ante el imperativo metodológico de qué sucedió y por qué, o lo que es lo mismo, y parafraseando el objetivo principal del texto comentado (p. 19), las razones de la derrota de la Segunda República hay que buscarlas, de forma conjugada, y equilibrada (como realiza la autora a lo largo de las páginas de su texto), en las actuaciones y limitaciones de la fracturada izquierda española -en cuya modelación las décadas precedentes dejaron su impronta incluso en un contexto de guerra civil-, en el vergonzante y determinante, para el fracaso final republicano, a largo plazo, "bloqueo económico", y en el impacto acumulativo y complejo (en el ámbito de la política y sociedad republicanas) de la propia guerra en la evolución de la República.

En función de estas premisas resulta esencial, para la comprensión total del texto y la visión "no idealizada ni ideologizada" que sobre la República en él se nos presenta, los capítulos introductorio, *Una izquierda fracturada: el impacto del desarrollo desigual (1898-1930)*, y primero, *El reto de la movilización política de masas*, donde ya se nos advierte de los múltiples factores que habían modelado a las izquierdas antes de 1931, las relaciones y los conflictos entre ellas, y cómo esto determinó no sólo lo que dijeron e hicieron durante la Guerra Civil de 1936-1939, sino lo que es más importante, 'qué no fueron capaces de pensar o hacer' (p. 38). La concepción liberal y elitista de la política denunciadas por Helen Graham en las actitudes republicanas y socialistas, las luchas clientelistas por la militancia entre partidos y sindicatos durante la República "en paz" y después, en el contexto de emergencia nacional durante la guerra, los debates ideológicos sin resolver de años atrás, junto a las estrategias miopes y

peligrosas, poco coadyuvaron a la toma de decisiones "unitarias" que fortalecieran la opción de fuerza de la República asediada en las horas dramáticas de las negociaciones de una rendición "pactada" que salvaguardara a los vencidos de las represalias franquistas, horas y actitudes que, tan magistralmente, en el último capítulo del libro, *El hundimiento de la retaguardia republicana*, nos describe la autora. La deconstrucción del "anticomunismo" de las últimas jornadas republicanas, previas y posteriores al golpe de Casado, no se explican tanto como el resultado del intento del PCE de instaurar una "dictadura comunista" (rompiéndose así con una larga y 'tendenciosa' tradición historiográfica) como por la 'mezcla caótica y visceral de sectores sociales y políticos unidos por un desesperado agotamiento de la guerra y por el deseo de un acto de desahogo psicológico y político colectivo', o lo que es lo mismo, 'el PCE, como todas las otras fuerzas de la España republicana, había sido finalmente consumido por la guerra' (p. 445-446). La 'presión implacable de una guerra agotadora y complicada', en palabras de la autora, debería llevarnos a problematizar aún más la idea de 'hegemonía militar comunista' en la España republicana.

Este tipo de cuestionamiento historiográfico recorre todo el texto de Helen Graham, así, en el Capítulo 2, *Contra el Estado: rebelión militar, fragmentación política, resistencia popular y represión*, se reclama una bibliografía histórica que tienda más a analizar que a narrar los comportamientos de violencia anticlerical en las retaguardias republicanas (p. 112), para lo cual pueden abrir caminos fructíferos los estudios antropológicos; y también se advierte del necesario cambio de perspectiva negativa en la historiografía con respecto a los 'comités locales', pues la 'resistencia' a la rebelión militar fue estimulada por éstos al hilo de las capacidades de transformación del ámbito local 'mediante el control de las decisiones que afectaban a la vida cotidiana' (p. 122).

También es característico de todo el texto que comentamos las caracterizaciones críticas de los personajes políticos más controvertidos del periodo de la República en guerra: en el Capítulo 3, *La organización del esfuerzo bélico*, la figura de Largo Caballero, sus acciones y decisiones, se ven cuestionadas y calificadas duramente por la autora al hilo del análisis de la "política mezquina" -dadas las circunstancias de días de guerra-, que en ocasiones presidió su

ejercicio del poder político como presidente de Gobierno y, más aún, como Ministro de la Guerra, donde su ineficiencia “limitaba seriamente la capacidad de recuperación de la República” (p. 164). No se trata en este caso, como tampoco en el de la revisión de otras figuras como Prieto, Miaja, Rojo, o Negrín, de “etiquetar” sin más los perfiles de las respectivas personalidades estudiadas, si no de profundizar en cómo sus actitudes y aptitudes personales redundaron, por ejemplo, en el ‘politiqueo o las disensiones internas que reducían de forma significativa la eficacia del Frente Popular’ (p. 179), o bien, en el caso de Negrín, en que tanto “por su personalidad como por sus objetivos políticos [...] le interesara más el trabajo de crear o sanear las estructuras y mecanismos necesarios para asegurar que la administración estatal funcionara” (p. 181), opción analítica muy bien desarrollada en el Capítulo 6, *La guerra en tres frentes de Negrín*. Pero para entonces la República en guerra había tenido que hacer frente a los *desafíos al proceso de centralización republicano: particularismos revolucionarios y liberales en Cataluña, Aragón y el País Vasco* (Capítulo 4), y había dramáticamente experimentado “Los sucesos de mayo y sus consecuencias” (Capítulo 5). Y aunque estos múltiples conflictos no hicieron zozobrar la resistencia general republicana, y aunque “cenetistas y poumistas mantuvieron en el frente la disciplina militar intacta” (p. 298), - pese a la represión de ambos en las barricadas barcelonesas y la posterior del POUM en checas con total impunidad (incidió en ello que el POUM se convirtió en blanco ideal para la función simbólica que necesitaba el Estado republicano *pour encourager les autres*, p. 308)-, lo cierto es que la batalla cotidiana por la supervivencia, los realineamientos y conflictos clientelistas entre partidos políticos y sindicales desde mediados de 1937, el problema de los tránsfugas y la represión estatal “desde arriba”, confluyeron decisivamente en la “división política principal entre la política radical y la reforma liberal que durante la guerra desgarró a toda la izquierda” (p. 321). La pérdida de Vizcaya incrementaría la determinación de Negrín de imponer un mando único, tanto político como militar, en el resto de la zona republicana. Sus esfuerzos en los tres frentes, el militar, movilización de la retaguardia y diplomacia europea tendente a lograr el fin de la no intervención, sobre todo lo infructuoso de éste último que condenaba a la República a “vivir al día” y a no poder cambiar la dirección de la guerra, abocaban ya a la “bomba” de

Munich, a la quiebra de las esperanzas republicanas y al convencimiento (tanto material como psicológico) de la inevitabilidad del final (p. 424). En esas circunstancias, “esos días azules y ese sol de la infancia”, que recordara Machado en su último verso en el exilio, se empezaban a tornar en los últimos días de guerra en muy grises para aquellos que depositaron su fe en el exilio o en las propuestas casadistas y de la quinta columna franquista de “indulgencia y reconciliación” para con los derrotados, pese al “sacrificio” del PCE. Negrín estuvo acertado al sentenciar que “O todos nos salvamos o todos nos hundimos en la exterminación y el oprobio” (p. 428).

El final militar de la guerra de todos es conocido, pero me interesa resaltar, respecto al exterminio practicado por los franquistas, las novedosas relaciones en clave de “categoría cultural” que establece la autora entre el terror exterminador del “racismo biológico” del nazismo y las masacres de las fuerzas insurgentes españolas y luego del fascismo franquista al objeto de establecer (re-construir) una sociedad monolítica, homogénea y jerarquizada (p. 146). A este respecto creo necesario no olvidar que la instrumentalizada caracterización franquista de la República y sus defensores de plasmación en la tierra del “mal”, de violentos y asesinos, se traduce, en la cruda realidad (durante la guerra y, con posterioridad, como “bando vencedor”) en la inyección a los republicanos de la “homeopatía del mal por el mal” (expresión utilizada por el filósofo Baudrillard, Jean, *La agonía del poder*, Madrid, 2006, p. 16). Recordemos la traducción del término “homeopatía” (*homoios*, “similar” y *pathos* “sufrimiento”) y los principios básicos sobre los que se fundamenta: la raíz del mal es espiritual, y lo *similia similibus curantur* (“lo similar se cura con lo similar”). Al “mal congénito” de la República se le aplicaría “el mal exterminador de la semilla nociva” que la República y los republicanos representaban. El balance de tal “purificación o saneamiento” por la “España nacional” no podrá ser más dramático: “la guerra después de la guerra” (la prolongación de la Guerra civil una vez ultimada la fase del conflicto militar convencional) practicada por Franco contra los vencidos, sitúa a la España de posguerra, como específica Helen Graham, “en el contexto más amplio de la guerra civil europea en curso”, que terminaría con la resolución de “ejecuciones y encarcelamientos masivos de compatriotas’ bajo la consideración de ‘antinacionales’ o

“nopersonas” privadas de derechos civiles (pp. 453-454). La concepción totalitaria y la falta de ética de reciprocidad, piedra de toque de la moral nazi, no dista de la cosmovisión del franquismo en su consideración del “contrario”. Al respecto, Claudia Koonz nos recordaba no hace mucho en su obra *La conciencia nazi* (2005) que C. Schmitt, destacado teórico político y ferviente partidario de Hitler, parafraseó un eslogan empleado con frecuencia en los círculos nazis al oponerse a la idea de unos derechos humanos universales: “No todo ser con rostro humano es un ser humano”. Algo parecido debió pensar el franquismo tras su “victoria incondicional” con respecto a los derrotados republicanos, como demuestran los dramáticos años cuarenta del siglo XX español.

Herrerín López, Ángel, *La CNT durante el franquismo. Clandestinidad y exilio (1939-1975)*. Madrid, Siglo XXI, 2004, 468 pp.

Por Alberto Carrillo-Linares
(Universidad de Huelva)

La presente obra, fruto de una tesis doctoral, viene a cubrir uno de los numerosos huecos en la historiografía sobre el franquismo. Resulta esclarecedora la diferencia entre la atención que el anarquismo español produjo en los investigadores nacionales e internacionales en sus estudios centrados en el periodo anterior a la guerra civil (1936-39) o ya durante la dictadura (1939-1975). Ello es reflejo, en el caso de la Confederación Nacional de Trabajadores, (CNT) –nacida en 1910–, de la propia evolución del anarquismo en general y de la organización en particular a lo largo del siglo XX, pasando de ser un sindicato de masas (que antes de la guerra contaba con cientos de miles de afiliados) a ser una estructura sin apenas apoyo social y con escasa implantación geográfica y consecuentemente sin capacidad movilizadora. Esta transformación radical marcó no sólo la vida de la organización sino el propio interés de los historiadores. El tema quedó casi exclusivamente en manos de personas vinculadas con la ideología, lo cual desde el punto de vista interpretativo, suponía una limitación, pese al valor que pudiera tener como fuente en sí. De este modo contábamos con aportaciones parciales y no sistemáticas en cuanto al método de estudio. Resultaba necesario, pues, dar una explicación más homogénea a este fenómeno de indudable interés histórico. Aquí se inserta el trabajo de Ángel Herrerín.

Dividido en cinco capítulos, los cuatro primeros siguen un orden cronológico en la descripción y análisis de los hechos. La espina dorsal del desarrollo la constituye la investigación sobre la organización CNT, reforzando implícitamente la tesis de que el estudio de los movimientos político-sociales es el estudio de sus organizaciones. El quinto capítulo, quizás el más interesante desde el punto de vista metodológico, aunque con limitaciones teórico-conceptuales, se centra en las «culturas políticas libertarias», y en él se aproxima a las dos culturas políticas que convivían en el seno de la CNT, cuyo enfrentamiento explicaría parcialmente el declive de la organización como consecuencia de las divergentes valoraciones, sobre todo en lo relativo a las tácticas a emplear (*acción directa*, defendida por los “ortodoxos” o “revolucionarios” frente a la *vía político-sindical* propugnada por los “posibilistas”). El conjunto del entramado queda contextualizado dentro de los espacios de sociabilidad de los anarquistas españoles, con sus similitudes y diferencias: variables interior-exilio, y en éste último caso en función del país de acogida – Francia y México–, o la posición ideológica-estratégica defendida. En este sentido, el último capítulo podría servir de marco general para la comprensión teórica de los cuatro primeros.

Además de la represión que se abatió sobre el movimiento, dos serían las causas fundamentales, con sus correspondientes ramificaciones, del devenir de la CNT durante la dictadura:

1.- División y conflicto interno en la organización: verdaderas luchas ideológicas entre el exilio y el interior, que saltarían especialmente y de manera irreversible desde poco después de acabada la II Guerra Mundial. En realidad, como el propio autor recuerda, una herencia que se recibía del pasado y que se prolongaría en el futuro hasta la actualidad. En este sentido, todo estallarían finalmente, de manera abierta, con la crisis habida durante la celebración del V Congreso, ya en diciembre de 1979, a raíz del estudio del punto 5º: “Principios, tácticas y finalidades” (conceptos que aplica Herrerín para analizar el movimiento anterior a esta fecha, que queda fuera de su estudio, y hallar las raíces profundas de las diferencias). De esta escisión nacería la actual realidad libertaria: un sindicato anarquista más vinculado con los postulados ideológicos heredados del pasado, CNT-AIT, y uno renovado, la Confederación General del Trabajo

(CGT); el primero reacio a cualquier tipo de participación en consultas sindicales y la consiguiente ocupación de cargos representativos, y el segundo partidario de ello.

2.- Crisis generacional. Esto afectó, por un lado, a la continuidad de la militancia y, por otro, al discurso que se elaboró, cada vez más distanciado de la realidad y con menos capacidad para adaptarse a la nueva realidad socioeconómica española y mundial.

Ambas causas se interrelacionan permanentemente. El conocido como *cincopuntismo*, que supuso la colaboración de un sector de los anarquistas con el régimen franquista –que de esta manera pasaba a controlarlo-, o la creación de la Alianza Sindical Obrera (ASO), una plataforma nacida en 1962 que integraba al sindicato socialista UGT, la CNT y la central Solidaridad de Obreros Cristianos de Cataluña (SOCC), fueron probablemente algunos de los proyectos donde se percibió más claramente esta combinación de factores. Ambos fenómenos son estudiados en el libro. En este sentido, a lo largo de la obra se pueden detectar numerosos casos que ilustran lo anterior. En ocasiones las diferencias de antiguos militantes entre ellos, hizo que algunos miraran con optimismo a las nuevas generaciones, como medio de impulsar la organización y hacerse un hueco en la dirección de las mismas. Las Juventudes Libertarias se convirtieron en otra fuente de conflicto táctico y fueron quienes emprendieron las acciones más virulentas contra la dictadura, tanto en el interior como en el exilio. La represión se cebó especialmente con ellas dada la peligrosidad que suponían para el orden social y político.

El impulso de las Juventudes Libertarias en los años sesenta y la creación de grupos de acción directa (Grupo Primero de Mayo) que –siguiendo ejemplos anteriores de los años cuarenta, abandonados en los cincuenta- basaban parte de su táctica en sabotajes, secuestros, atracos, etc., revitalizando así la teoría de la propaganda por el hecho, aumentó la ya de por sí insalvable brecha en el movimiento anarquista. La implantación de la filosofía ácrata, por primera vez en su historia, afectaba a un sector que apenas si había sido considerado como fuerza de choque y que más bien fue interpretado como una fuerza contrarrevolucionaria carente de conciencia de clase: el estudiantado. Paradójicamente, las universidades se convirtieron en una importante

cantera del anarquismo. El Mayo del 68 obligó a ver las cosas de otro modo: “Fue –explica el autor- como el descubrimiento por parte de los confederales de la juventud, y de un movimiento, el estudiantil, que aunque ahora fuera observado con cierta ilusión, siempre había sido mirado con reparo porque “tienen poco que ver con los trabajadores”, concluye citando fuentes cenetistas. Más bien fue la aceptación del movimiento porque el poder movilizador y revolucionario de la juventud ya había sido reconocido en los años treinta, por las izquierdas y las derechas, y ahora en los sesenta se recuperaba y no sólo por los anarquistas.

En el abanico de temas tratados para explicar la historia de la central anarquista queda probablemente uno pendiente. Pese a que se reconoce su importancia (“la represión fue una de las causas fundamentales de que la CNT de España prácticamente desapareciera a inicio de los años cincuenta”), creo que se deja un tanto de lado este factor (de difícil investigación), aunque se apunta en varias ocasiones el impacto que supuso el control policial de la organización, bien por la vigilancia a la que fue sometida durante toda la dictadura (Rodríguez Vázquez, Francisco Calle, etc.) o a la infiltración directa en la misma. A los factores internos para explicar la evolución de la CNT y que magistralmente analiza el autor (disensiones, discurso ideológico, proselitismo, relevo generacional), hay que añadir los externos (control abierto por parte del régimen o colaboración con el mismo que lo fagocita (*cincopuntismo*, estudiado por Herrérin), infiltraciones, controles y colaboraciones esporádicas o sistemáticas que minaron desde dentro la organización o incluso que la dirigieron o trataron de dirigirla en la oscuridad. Es éste último, probablemente, un aspecto minimizado y que habrá que atender en futuras investigaciones para completar el mapa de las causas. En cualquier caso, esta visión supone que la mayor parte del fracaso del proyecto estaba ligado al fracaso de la organización (tanto por causas internas como por causas externas a la misma), una circunstancia que sin duda fue clave, como demuestra el autor, quien también enuncia la incidencia de aspectos culturales, sociales, políticos, del desarrollo general de la sociedad y el aislamiento de teorías radicales de transformación de la realidad, etc.

En cuanto al apartado de las fuentes empleadas, son múltiples y variadas. Los numerosos archivos (tanto públicos como privados,

nacionales y extranjeros) con documentación de procedencia muy diversa (interna de la CNT, policial, militar, judicial, de partidos políticos, correspondencia privada, informes laborales o de autoridades gubernativas, etc.) ponen en evidencia la amplitud de fuentes que sostienen un trabajo bien elaborado. Junto a todo ello, se ha servido de prensa clandestina (exilio e interior) y legal, así como de una bibliografía específica sobre la materia, donde se detectan pequeños errores en el aparato crítico o el sistema de citas (citas incorrectas, desaparición de las referencias de capítulos de libros en la relación bibliográfica final, etc.). Completa el apartado de fuentes el empleo de la, cada vez más utilizada, fuente oral (casi medio centenar de entrevistas) y de recursos audiovisuales.

En definitiva, el lector se encontrará en las manos con una obra muy esclarecedora sobre la CNT durante la dilatada y sombría dictadura franquista, un espacio incomprensiblemente desconocido desde el punto de vista histórico. Escasísimas son las investigaciones de base que han visto la luz (artículos o libros) y ello convierte el estudio de Herrerín en una referencia de obligada consulta pues ilustra claramente sobre algunas de las posibles causas de evolución de la CNT y de la práctica desaparición del movimiento anarquista y sus estructuras orgánicas. Obra, en fin, de obligada lectura para cualquier interesado en el tema.

Hyde-Price, Adrian, *European Security In The Twenty First Century. The Challenge Of Multipolarity*. Oxon, Routledge, 2007, 241 pp.

Por Javier Lión Bustillo
(Universidad de Cádiz)

El proceso de integración europea en la vertiente de la seguridad es un tema que ha proporcionado abundante literatura en los últimos 15 años, sin duda en razón de que el fin de la Guerra Fría dejó en el continente una situación de transitoriedad e incertidumbre con respecto a la configuración de una estructura que hiciera frente a los futuros desafíos en ese terreno. Las dudas en torno a la evolución de instituciones como la UEO, OTAN, OSCE o UE y la falta de una clara división en sus respectivas tareas suscitó un gran interrogante en torno a la efectividad de las mismas en un escenario de crisis (por ejemplo Duke, S., *The New European Security Disorder*, 1994).

La escuela neorrealista de Relaciones Internacionales siempre ha tenido serias

dificultades a la hora de explicar de manera plausible el desarrollo de la integración europea, debido fundamentalmente a que su rígido intergubernamentalismo le hacía difícil dar cuenta de los avances en la construcción de instituciones supranacionales. De hecho, su visión de la comunidad internacional (incluyendo nuestro continente) es la de un sistema anárquico, en el que la principal preocupación de los Estados es salvaguardar su seguridad y autonomía. La paz en el continente no sería más que una situación transitoria, de ahí que el objetivo de los gobiernos sea el incrementar su poder relativo, única garantía de su futura seguridad. Esta línea intelectual ha tenido como principales exponentes en los últimos años a Kenneth Waltz y a John Mearsheimer, quienes destacaron por sus pesimistas predicciones con respecto al mantenimiento de la paz en el continente tras el fin de la Guerra Fría, basándose en el abandono de un sistema de carácter bipolar, controlado por dos superpotencias nucleares. Ésta habría sido la clave de la larga etapa de paz en el continente, que sin embargo habría quedado anulada con la transición a un nuevo sistema de carácter multipolar y, por lo tanto, más proclive a la inestabilidad y al conflicto.

Adrian Hyde-Price es uno de los más prestigiosos teóricos de esta corriente de pensamiento, minoritaria en el Reino Unido. Su trabajo se propone aplicar los principios básicos del realismo, pero adaptándolos al contexto específico europeo, tratando de salvar los reproches de excesivo determinismo tradicionalmente achacados a esta escuela. Así, la distribución relativa del poder configuraría un contexto estratégico, dentro del cual los Estados tendrían capacidad para perseguir sus objetivos recurriendo a diferentes medios, configurando lo que denomina “realismo estructural” (pp. 52-63).

A partir de este marco básico, el autor pasa a analizar la evolución del sistema europeo de Relaciones Internacionales en los últimos siglos, separándose aquí de los análisis otros teóricos del realismo. Si Waltz propugna la persistencia de una cierta “bipolaridad modificada” y Mearsheimer se inclina por una “multipolaridad desequilibrada”, Hyde-Price considera más adecuado el caracterizar la situación actual como de “multipolaridad equilibrada” (*balanced multipolarity*). Esto implicaría que ninguna potencia estaría en condiciones de intentar alcanzar la hegemonía continental (pp. 69-71).

Estados Unidos sería la única superpotencia mundial, pero en Europa su papel sería más bien el de un *primus inter pares* u *off-shore balancer*, debiendo desarrollar un amplio tejido de redes de carácter bilateral (*bilateralismo múltiple*) para asegurar su influencia. La gran ventaja de Estados Unidos sería el que la ausencia de amenazas directas e inminentes a su seguridad le permitiría el ser selectivo en sus intervenciones exteriores. Ello le daría opción a escoger entre dos tendencias: la de la “unipolaridad defensiva”, caracterizada por el aislacionismo y el repliegue de fuerzas; y la “unipolaridad ofensiva”, en el que trataría de maximizar su poder, con frecuentes intervenciones en otros escenarios. El primer modelo conduciría a una pérdida de fuerza de la OTAN, de manera que los europeos deberían asumir una creciente responsabilidad en su propia defensa. La segunda implicaría frecuentes tensiones diplomáticas con sus socios del Viejo Continente. Hyde-Price ve más probable la segunda hipótesis, de manera que la crisis de Irak no sería un episodio circunstancial en las relaciones transatlánticas. En cualquier caso, ambos caminos conducirían a que esos vínculos sean cada vez más bilaterales que multilaterales, manifestándose una creciente rivalidad en el terreno económico y también en el político (por ejemplo, con respecto al cambio climático). En resumen, según esta visión, Estados Unidos seguirá en Europa para mantener su influencia y evitar el surgimiento de un rival internacional, pero la relación entre ambas partes no será la misma que en el pasado, independientemente de quién ocupe la Casa Blanca (pp. 81-93).

Tampoco una hegemonía británica o francesa resultaría creíble. El Reino Unido habría tratado de alcanzar un complejo equilibrio entre el mantenimiento de su relación privilegiada con Estados Unidos y el ejercicio de una influencia más decisiva en Europa, especialmente cuando el compromiso norteamericano pierde credibilidad. Pero la Guerra de Irak habría demostrado las limitaciones de esta estrategia, invalidando cualquier posibilidad de liderazgo británico en el continente. Por su parte, Francia habría mantenido serias dudas entre su voluntad de ser una gran potencia mundial, para lo cual necesita del apoyo de la UE, y su deseo de mantener un amplio margen de libertad de acción, lo que debilitaría su cooperación con Alemania. Además, sus dificultades económicas invalidarían cualquier intento de hegemonía. Tanto británicos como franceses habrían buscado crear coaliciones más amplias para

fortalecer su posición, como la colaboración de las autoridades de Londres con nuevos aliados en Europa Central y Oriental, y la diplomacia triangular de París hacia Berlín y Moscú. En cualquier caso, ninguno de ellos podría realmente liderar la UE ni tampoco su colaboración podría ir demasiado lejos en razón de los factores que les separan, especialmente su distinta visión de Europa (pp. 96-106).

La UE es vista por el autor no como un poder civil ni tampoco una potencia, sino como una solución específica para un problema específico. Fue útil como complemento de la bipolaridad durante la Guerra Fría, pero desde el final de ésta se habría reforzado, con una victoria del modelo gaullista y una estructura de geometría variable, colaborando sólo en aquellos aspectos en los que existe una preocupación común. La nueva Política Europea de Seguridad y Defensa sería un buen ejemplo de esta línea de actuación, con un liderazgo en manos de las tres potencias europeas (pp. 107-116).

Alemania carecería asimismo de posibilidades hegemónicas, aunque constituiría el poder central. Su papel en la escena internacional se habría reforzado en los últimos años, al tiempo que trataba de mantener un equilibrio entre distintos vínculos: relación transatlántica, colaboración con Rusia y Europa del Este, y sobre todo su firme compromiso con Francia y al UE. Pero cualquier papel de liderazgo se vería limitado por factores como el escaso gasto militar y su carencia de una fuerza nuclear propia que garantice su defensa autónoma. Según esta visión, más que un poder hegemónico, Alemania correría el riesgo de convertirse en una gran Suiza, cada vez más decidida a defender sus intereses, pero sin asumir ninguna responsabilidad en el mundo (pp. 126-37).

Por su parte, Rusia, independientemente del régimen político existente y de quién sea su Presidente, seguirá teniendo intereses que a veces chocarán con los de los occidentales, por ejemplo en lo relativo a la ampliación de la OTAN a países que anteriormente estaban bajo la hegemonía soviética. Desde Moscú se seguirá intentando consolidar su influencia en el entorno más cercano, a pesar de que esto le conduzca a ciertos choques con Estados Unidos y sus aliados, utilizando para ello su influencia en el terreno energético, muy fortalecida en los últimos tiempos gracias a la favorable evolución de los mercados. Pero, en cualquier caso,

tampoco constituiría un aspirante a la hegemonía continental debido a sus evidentes debilidades (pp. 142-157).

Como resultado de este panorama, el autor considera que Europa se enfrenta a una situación en la que no existe ninguna perspectiva de que aparezca una potencia hegemónica, por lo cual tampoco sería necesaria la formación de coaliciones para equilibrarla, mientras que la multipolaridad existente ha complicado mucho más la gestión de la seguridad continental. La existencia de una serie de amenazas como el terrorismo, las armas de destrucción masiva o la delincuencia internacional hacen que sea preciso darles una respuesta eficaz sin contar para ello con el apoyo estadounidense, de manera que Europa pasa a ser cada vez más responsable de sus propios problemas. De este modo, la anarquía internacional volvería a estar presente en el continente, haciendo ilusorias las esperanzas liberales de un orden de seguridad estable en el continente (p. 179).

En resumen, podemos decir que no cabe duda de que se trata de una obra que sintetiza con gran rigor las dimensiones globales de las relaciones de poder en Europa. No obstante, la fidelidad a la corriente realista deja sentir sus limitaciones. Por ejemplo, el empeño en identificar unos nítidos y duraderos intereses nacionales subestima la capacidad de los gobiernos de cambiar su línea de acción política, por ejemplo en el caso del nítido posicionamiento de Alemania contra la invasión de Irak, superando su tradicional alianza con los Estados Unidos. Por otra parte, la diplomacia de cada país es estudiada de manera unilateral, como si las instituciones que vinculan a los distintos actores no condicionaran al mismo tiempo su propia actividad política en la búsqueda de su seguridad. Finalmente, la mayoría de los peligros que amenazan la seguridad europea no son de la clase de los que se combaten mediante equilibrios entre potencias. Por el contrario, requieren de la creación de amplias redes de colaboración que permitan una respuesta común a los mismos, habida cuenta de su capacidad para superar las fronteras. En este sentido, al centrarse sólo en la dimensión militar de la seguridad, el ensayo olvida los peligros fundamentales a los que debe hacer frente nuestro continente. En definitiva, el profesor Hyde-Price ha conseguido dar una imagen convincente del juego entre las distintas potencias, pero su visión parcial de la seguridad condiciona sensiblemente su capacidad

explicativa con respecto a la futura evolución de las distintas amenazas existentes.

Orellana, Luis, *El fuego y la nieve. Historia del movimiento pentecostal en Chile: 1909-1932*. Concepción, CEEP Ediciones, 2006, 165 pp.

Por David Oviedo Silva
(Universidad de Concepción, Chile)

Han existido importantes esfuerzos científico-sociales por comprender la expansión del movimiento pentecostal en América Latina. Sin embargo, no ocurre lo mismo con la necesaria perspectiva histórica que amerita el hecho evangélico-pentecostal. En el caso chileno, existen algunas obras panorámicas, pero no se contaba con investigaciones acuciosas respecto a períodos históricos influyentes en el pentecostalismo actual. El texto de Luis Orellana *El fuego y la Nieve. Historia del movimiento pentecostal en Chile: 1909: 1932* responde a este vacío historiográfico. Se centra en el período de gestación del pentecostalismo chileno y marca pautas teóricas de interés para el fenómeno en el presente. Cabe destacar el rigor metodológico de la obra, así como la pertinencia de su aparato conceptual. A nivel de métodos, el autor recurre a una sugerente variedad de fuentes: medios de prensa evangélica y secular, registros judiciales, informes de policía. En el plano teórico, Orellana utiliza la tesis de rutinización del carisma de Max Weber para explicar el transcurrir histórico del pentecostalismo en Chile.

Es necesario precisar el origen histórico-teológico de esta expresión religiosa: La teología pentecostal atribuye su origen al episodio descrito en el Libro de Hechos de la Biblia. Se estima que en el año 33 D. de C. cerca de 120 fieles aguardaban expectantes “recibir el poder que venía del cielo”. Desde esta visión religiosa, se afirma que en dicha ocasión se registró una vigorosa renovación espiritual: habrían aparecido inéditas manifestaciones místicas en la historia del cristianismo (glosolalia o hablar en lenguas, repentino entendimiento de la revelación cristiana, etc.), en un contexto de encuentro cosmopolita en la Jerusalén del siglo I. A partir de la teología cristiana, algunos interpretan el hecho pentecostal como una inversión de la desintegración lingüístico-cultural que simboliza la Torre de Babel. Para los efectos de esta reseña, lo relevante no es la controversia acerca de la fiabilidad de la fuente

bíblica, sino que la atribución de procedencia histórica que define la religión pentecostal.

Para la comprensión de los orígenes del pentecostalismo en Chile, el autor proporciona elementos histórico-analíticos para configurar el cuadro de la época: régimen político parlamentarista oligárquico, expansión salitrera hasta fines de la segunda década del siglo XX, insalubridad de las condiciones de vida de los sectores populares, progresiva emergencia de la conciencia social obrera, implacable represión estatal hacia los sectores populares movilizados, predominio religioso-social del catolicismo, alianza estratégica (anticatólica) entre protestantismo histórico y liberalismo.

Dentro de este marco histórico, el autor explica los sucesos de 1909 en Valparaíso en la Iglesia Metodista. Se trata de la experiencia sociológica y espiritual impulsada por el misionero norteamericano Willis Hoover. Orellana caracteriza a la Iglesia Metodista como la clásica iglesia protestante histórica, con capacidad de penetración en sectores medios a partir de cierta racionalización doctrinaria del cristianismo.

El ambiente metodista se habría caracterizado por una expresión litúrgica esquematizada y rutinaria, así como por un diseño teológico ajeno al testimonio y a la experiencia. Sin embargo, no es casualidad que la irrupción pentecostal haya surgido en el metodismo, movimiento protestante que su vez significó una renovación espiritual del esquematismo anglicano del siglo XVIII (hermanos Wesley). Tanto desde un punto de vista doctrinario y práctico, el metodismo inglés es definido como el precursor genético del pentecostalismo contemporáneo.

En suma, la iglesia metodista reunía las condiciones ideales para la génesis pentecostal pues integraba rigidez organizacional con un trasfondo de búsqueda mística.

El autor describe con detenimiento los sucesos de la Iglesia Metodista de Valparaíso conducida por Hoover. Se manifiesta la intensidad de los fenómenos pentecostales observados: glosolalia, efusividad mística, conversiones inmediatas, recreación de las experiencias carismáticas del cristianismo primitivo. Es interesante como Orellana especifica la teoría weberiana para el panorama histórico-religioso del período. Es importante distinguir que Weber no piensa en dominación y poder como conceptos equivalentes. El poder es la capacidad de

imponer la voluntad a otros incluso en contra de su disposición a obedecer. La dominación implica una faceta de aceptación del poder por parte del sometido. La conformidad con el sometimiento puede reconocer formas tradicionales, burocrático-racionales o carismáticas.

El mecanismo tradicional de dominación se sustenta en la perpetuación consuetudinaria, en la legitimidad de lo consagrado con el tiempo. La dominación tradicional valora y estabiliza la fidelidad.

El mecanismo racional burocrático de dominación se fundamenta en la optimización de la lógica medios-fines, en la eficacia organizacional que exige el funcionamiento de la modernidad. Se consolida la estabilidad de las normas y procedimientos, lo que permite la expansión y el afianzamiento de las instituciones en la sociedad contemporánea. Es un proceso que incrementa la diferenciación funcional de la sociedad, despersonalizando y racionalizando las relaciones. La administración burocrática se transforma en un poder difícil de resistir, pero es estratégica para gestionar la sociedad de masas inherente a la modernización.

La variante carismática de dominación se caracteriza por el reconocimiento de las cualidades de santidad, heroísmo o ejemplaridad en un líder o en una estructura colectiva. Es un sistema de dominación donde el líder es equivalente a la organización. Suele dominar un sistema de gobierno fuertemente personalista, donde se diluye la relevancia de una estructura objetiva de reglas y procedimientos.

Orellana asocia el poder de la Iglesia Católica con el tipo dominación tradicional, a las iglesias protestantes históricas con el racional burocrático y al pentecostalismo de comienzos del siglo XX con el tipo carismático de dominación.

En la práctica, el pentecostalismo surge en el marco organizacional protestante. De este origen, rescata las bases de orientación doctrinaria. Sin embargo, durante el transcurso del período estudiado (1909-1932), se observa un persistente crecimiento cuantitativo de las primeras iglesias pentecostales. Dicho crecimiento ocurre casi exclusivamente en la marginalidad urbana del país (Santiago, Valparaíso, Concepción) con cierta capacidad de extensión a sectores populares semiurbanos. A

comienzos de los años 30 era evidente el protagonismo popular-marginal en la membresía pentecostal:

“Las personas que integraban las comunidades eran obreros, labradores, campesinos, inquilinos, lavanderas, vendedoras ambulantes, ex presidiarios, etc. Pero, su mayoría provenía del catolicismo popular” (p. 102)

El origen social del grueso de los pentecostales marca entonces su conexión con la religiosidad popular católica. Por lo tanto, ya se manifiesta la plena coherencia de la espiritualidad pentecostal con el ser antropológico latinoamericano (en *Cultura y modernización en América Latina*, Pedro Morandé aborda la centralidad del catolicismo popular como factor disfuncional a la modernización). Esto refuerza el desinterés pentecostal por la reflexión teológica y la profesionalización del clero. Los componentes racionales de la fe son reemplazados por la espontaneidad mágico-religiosa, el liderazgo personal carismático, la flexibilidad de las estructuras institucionales y la valoración de la entrega incondicional de todos los creyentes.

El autor agrega una explicación histórica para el terreno que el pentecostalismo aprovecha para su crecimiento. A comienzos del siglo XX puede apreciarse cierta distancia de la Iglesia Católica respecto a los sectores populares, resulta evidente su conexión con el poder oligárquico de la época y con los circuitos de poder económico y financiero. A partir de los años 20 - época de mayor trascendencia pública de la “cuestión social”- los contenidos de doctrina social de la Iglesia gatillan un accionar católico más consistente en el mundo obrero (dirigido contra el socialismo).

A juicio de Orellana, el efecto conjunto de liberalismo y socialismo terminan por debilitar el poderío ideológico de la Iglesia Católica, que si bien sigue siendo dominante, debe enfrentar la vocación modernizadora de sus adversarios y el progresivo declive de su expresión político-partidista, el Partido Conservador. Un decisivo paso formal para el declinar católico es la separación Iglesia-Estado en 1925, no obstante la habilidad negociadora de Arturo Alessandri para mantener ámbitos de poder eclesiástico.

Lo concreto es un proceso de erosión de la hegemonía católica en la sociedad, escenario que es aprovechado por la naciente religión pentecostal para su expansión.

La tesis de Orellana se centra en el proceso de institucionalización temprana del pentecostalismo chileno (durante la década de los veinte), donde se perfila la forma en que el movimiento buscó estabilización organizacional. El autor destaca cómo los pentecostales han armonizado incipientes formas de racionalización burocrática (estructuras como la Superintendencia o la Conferencia Anual) con la preservación de la espontaneidad espiritual del movimiento. Desde el pensamiento weberiano, Orellana destaca el carácter irreversible de la institucionalización pentecostal (o “rutinización del carisma”), en especial si la religión pretende proyectarse en el tiempo. Sin embargo, plantea el dilema organizacional que enfrentan los pentecostales contemporáneos al institucionalizar sus estructuras: el riesgo de diluir su distinción confesional como religión sustentada en el misticismo y en la cooperación libre (si bien existe un clero, la función evangelizadora se democratiza y extiende a todos los miembros de la Iglesia).

Es interesante cómo Orellana utiliza las tesis de Weber para explicar la institucionalización pentecostal; emplea con acierto los conceptos weberianos para las diversas fases evolutivas del movimiento. Quizás el texto no profundice en la relación entre cambios históricos y transformaciones eclesiásticas.

Es cierto que Orellana contextualiza el cuadro histórico de los años 20 caracterizado por el cambio constitucional presidencialista, la creciente importancia de los sectores medios en el devenir político, el consecuente protagonismo del discurso demagógico, los interludios anárquicos, los orígenes del protagonismo estatal en la economía y la proletarización de los sectores populares (Gabriel Salazar). No obstante, el texto no ofrece los vínculos explicativos necesarios entre este cuadro histórico y la evolución del movimiento pentecostal. Además, si bien es adecuado el uso de la teoría weberiana, sería interesante complementar la explicación teórica del pentecostalismo chileno en el siglo XX con referencias teóricas que relacionen mejor el fenómeno religioso con el contenido de la modernidad como hecho sociológico: es el caso de los aportes de Durkheim (solidaridad orgánica) y Luhmann (diferenciación funcional).

De este modo, es posible ampliar la explicación sociológica de la historia, sin restringir el análisis al desarrollo de las organizaciones.

Por último, cabe considerar los alcances epistemológicos de un hecho confesado por el autor: su propia condición de creyente evangélico. Luis Orellana reconoce que puede incurrir en un déficit de objetividad, no obstante disponer de una ventaja estratégica como el acceso a fuentes. Sin embargo, el tema tiene importancia epistemológica para la disciplina de la historia de las religiones: la excesiva cercanía con el objeto de estudio religioso dificulta la teorización explicativa en términos de causa-efecto, pero demasiada distancia respecto a la religión de interés impide la comprensión del hecho religioso como mentalidad y como motivación para la acción histórica.

En suma, el texto tiene un valor inédito para los estudios de historia religiosa en el Chile contemporáneo y sus aspectos controversiales pueden suscitar fecundas líneas de investigación en el futuro.

Quiroga Fernández de Soto, Alejandro, *Los orígenes del nacionalcatolicismo. José Pemartín y la Dictadura de Primo de Rivera*. Granada, Editorial Comares, 2006, 154 pp.

Por Miguel Ángel del Arco Blanco
(Universidad de Granada)

La influencia de la historia cultural ha sido decisiva en el estudio de la Europa de entreguerras. Las interesantes –a la vez que polémicas– obras de historiadores como George L. Mosse o Emilio Gentile han puesto de manifiesto la necesidad de estudiar el pensamiento y las ideologías que, de una forma u otra, se desarrollaron durante la era de la política de masas. La obra de Alejandro Quiroga Fernández de Soto representa, en este sentido, una valiosa aportación al conocimiento del pensamiento reaccionario español de la primera mitad del siglo XX. El joven historiador saca a la luz el pensamiento de una figura a la que, quizá hasta ahora, no se le haya prestado suficiente atención: José Pemartín Sanjuán. Jerezano de nacimiento, perteneciente a una adinerada familia, con un pensamiento más radicalizado y “moderno” que su primo José María Pemán, se convertiría en uno de los ideólogos más destacados de la Dictadura de Primo de Rivera, así como en un origen claro del Nacionalcatolicismo del régimen franquista.

La publicación es prologada por Eduardo González Calleja, quizá uno de los mayores especialistas en las derechas de la España de

entreguerras, lo que supone todo un aval que atestigua la calidad del texto. Alejandro Quiroga estructura la obra en cinco capítulos, a lo largo de los cuales va deslavazando y sintetizando el pensamiento de Pemartín, a la vez que desarrolla de forma paralela la implantación, desarrollo y caída de la Dictadura de Primo de Rivera. Pone así de manifiesto las sorprendentes coincidencias entre el pensamiento del gaditano y la conformación del régimen primorriverista.

El primer capítulo aborda brevemente la vida y obra de José Pemartín. Hijo de una familia de bodegueros terratenientes jerezanos venidos a menos, recibirá su formación en Francia, viajando por diversos lugares de Europa. Se comprometerá desde un principio con la Dictadura de Primo de Rivera, ocupando puestos de responsabilidad, llegando a ser designado como miembro de la Asamblea Nacional Consultiva en 1927. Dará a conocer su pensamiento a través de artículos en diarios, conferencias, y sobre todo, en su obra *Los valores históricos en la Dictadura española* (1928). Durante la II República se encontrará entre los fundadores de Unión Monárquica Nacional, pasando después a militar en Renovación Española. Será uno de los mentores más destacados de José Antonio Primo de Rivera. Se adherirá sin contemplaciones a la sublevación de julio de 1936, siendo nombrado Jefe del Servicio Nacional de Enseñanza Superior y Media. En definitiva, Pemartín fue un personaje enclavado en la Europa de entreguerras, años de deriva totalitaria y “guerra civil europea”, cuando las fuerzas más conservadoras se vieron obligadas a elaborar un nuevo discurso y a intentar movilizar a las masas para controlarlas.

En el segundo capítulo, se entra de lleno en los postulados filosófico-políticos de José Pemartín. Se nos lanza ya el aspecto más innovador de la obra: al contrario que otros pensadores reaccionarios españoles, su pensamiento va a estar caracterizado por una combinación de tradición y modernidad. Recibirá influencias y hará suyas ideas de pensadores como Jaime Balmes, Juan Vázquez de Mella o Enrique Gil Robles (el acendrado catolicismo del pueblo español, la importancia de la tradición, la concepción simplista y dicotómica entre Bien y Mal, etc.). Pero este dogmatismo católico irá acompañado de elementos de modernidad: es aquí donde el pensamiento de Henri Bergson, Maurice Barrès, Ortega y Gasset y, por supuesto, Oswald Spengler se ponen de

manifiesto: Pemartín deshecha el racionalismo, abraza el vitalismo y cree en unas elites que guiarán a la masa.

En el tercer capítulo el autor analiza en profundidad la idea pemartiniana de la nación española. Recogiendo la herencia de diversos pensadores reaccionarios decimonónicos, ofrecerá una interpretación cíclica y providencialista de la historia española, concibiendo al catolicismo y a la Patria como elementos vertebradores y generadores de la nación, y a la monarquía como un elemento esencial en la transmisión de la tradición. En esta concepción de España no hay espacio para los nacionalismos periféricos: las esencias nacionales hispanas están por encima de cualquier voluntad popular; como en el fascismo, el hombre es parte integral y subordinada de la nación española. Los otros nacionalismos son negados: son producto de influencias disolventes extranjeras, focos generadores del desorden, la anarquía y el caos social, frente al nacionalismo español, identificado con un orden social estable. La desnacionalización conllevaba la decadencia de la patria: y ese había sido el fruto de los años de liberalismo. Por eso, había que cerrar filas, volver a la unidad, a la tradición, en busca de los “gérmenes de esencias vitales que transforme el presente”: Pemartín confiaba —como su antecedente Ángel Ganivet— en la “energía espiritual española” para regenerar la nación. La actual decadencia sólo podía ser superada dentro de un marco de fuerza y autoridad, mediante una dictadura. Es aquí donde el pensador rescata la figura costiana del “cirujano de hierro” que haría sanar a la decrepita y enferma España, y que por supuesto identifica con el general Primo de Rivera. Pemartín continúa y reaviva la tradición dicotómica de las dos Españas: la auténtica y verdadera, católica, pose de las tradiciones de la patria; y la Anti-España, que identifica con el liberalismo, el marxismo, el judaísmo y la masonería. El ejército y un líder escogido, de forma providencial, acallarían y aniquilarían a la falsa España, salvando y engrandeciendo a la verdadera España. Las palabras de Pemartín, pese a ser impresas en los años 20, se parecen poderosamente a las que los sublevados en julio de 1936 utilizarían en su ideario oficial. Tras la lectura del capítulo, no obstante, es obligado preguntarse sobre la capacidad de movilización real que tendría este mensaje dicotómico y simplista sobre las masas durante la Dictadura primorriverista. Esta compleja y determinante cuestión, clave en el debate historiográfico

actual, parece ser respondida en otra obra del autor de reciente aparición¹.

Ahora bien, desacreditado el sistema parlamentario, detectados los males de la Patria y legitimado el golpe de estado, ¿cuál era el camino a seguir? José Pemartín también expresa, quizá no de manera demasiado sistematizada, su propuesta política para el régimen dictatorial que iba a implantarse. Volverá a atisbarse esa convivencia entre tradición y modernidad. Su propuesta girará en torno a tres puntos esenciales: la defensa de una representación corporativa de la sociedad, la necesidad de la movilización de las masas por parte de las elites del país y, finalmente, la construcción de un nuevo Estado con un poder Ejecutivo fuerte.

José Pemartín se opone al parlamentarismo liberal: no cree en la igualdad del hombre, niega la soberanía popular y confía en que deben ser las elites las que lleven a la nación por el curso que le corresponde en la Historia. Por eso concibe un régimen con un líder con toques providencialistas al frente, acompañado de una selecta elite que, como contenedores de los valores y esencias de la patria, guíen al país hacia sus designios más elevados. Para ello es necesario apostar por una Asamblea Nacional con una representación corporativa, de carácter consultivo, donde toda la sociedad esté representada. Pretendía así, como escribe Quiroga, “la integración de las diversas clases sociales bajo la tutela del Estado nuevo, pero, sobre todo, un mecanismo para articular el control de las elites sobre las masas por medio de una cámara, que en el nombre de la armonización nacional produjese una subordinación de las segundas a las primeras”.

Pero será en la idea de la movilización de las masas cuando el pensamiento de Pemartín se acerque más al fascismo. Los escritos del jerezano dejan claro que supo entender el mundo de entreguerras: había que prescindir del parlamentarismo, pero no de la acción de las masas. Lanzará aquí un discurso a la médula de los apoyos sociales de los regímenes autoritarios de estos años: a las clases medias. Integrará en su discurso elementos tradicionales (orden, patria, religión, etc.), pero también tibios elementos de cambio, llamando a la regeneración, al fin del egoísmo burgués, a terminar con la corrupción, y a la necesidad de una justicia cristiano-caritativa, sin duda preventiva de posibles desórdenes sociales. La

Unión Patriótica, ligada a las esencias de la verdadera España, será la encargada de integrar y movilizar a las masas en torno al régimen, aspirando a convertirse en un partido de masas. Sin embargo, nunca lo sería: con el fin de la Dictadura la Unión Patriótica se disolvería como un azucarillo.

En el quinto y último capítulo de la obra, Quiroga nos da a conocer el modelo de Estado propuesto por Pemartín, a la vez que ofrece unas interesantes reflexiones sobre los paralelismos entre primorriverismo y fascismo. Aunque el pensador jerezano no formuló nunca un sistema político concreto, apostará decididamente por la superación del modelo de la Restauración y por la construcción de un Estado autoritario profundamente contrarrevolucionario. Un Estado presidido por un monarca con labores representativas.

Será el dictador, ese “cirujano de hierro”, el directo encargado del gobierno. Es un sistema en el que el poder Ejecutivo se refuerza y se independiza, donde el poder Legislativo es un mero subordinado. Sería un Estado orgánico donde la familia y el municipio estarían representados; un Estado activador, intervencionista en lo social y en lo económico, impulsor de obras públicas que modernicen el país, capaz de forzar la industrialización y la exportación de productos.

Percibimos evidentes antecedentes de lo que sería, de manera más extrema, la filosofía de la política económica autárquica del primer franquismo.

Pero la intervención del Estado también llegará a la esfera cultural: Pemartín apuesta abiertamente por el control y relanzamiento de la política educativa, con el propósito firme de nacionalizar a las masas. Sin embargo, las pretensiones esbozadas por Pemartín y asumidas por la Dictadura de Primo de Rivera les harían chocar directamente con la Iglesia católica, contribuyendo seriamente a la erosión del régimen. Años después, el régimen franquista aprendería de esta experiencia. El régimen primorriverista resaltó, durante toda su vida, su afinidad con el régimen fascista italiano. Pero Pemartín va aún más allá: defenderá abiertamente el régimen de Mussolini a pesar de las críticas de la derecha española por sus desencuentros con la Iglesia de Roma, afirmando que el fascismo y la doctrina católica son perfectamente compatibles.

En efecto, para él será posible crear un Estado fuerte e interventor que, teniendo siempre izada la bandera del catolicismo, pudiese depurar al país de sus males y comandar el resurgir de la nación siguiendo el ejemplo fascista.

Concluyendo, la obra pone de manifiesto que la figura de José Pemartín fue una de las más destacadas dentro de la extrema derecha española del siglo XX.

El jerezano sería uno de esos hombres de la Europa de entreguerras que, al pensamiento reaccionario de tradición decimonónica añadiría rasgos novedosos y modernizadores característicos de una extrema derecha activa en la era de las masas.

Pese a que proponía en sus escritos un Estado altamente fascistizado y a que durante la II República propondrá ya un régimen fascista basado en la ortodoxia católica, no podemos considerar el discurso de Pemartín como fascista en un sentido estricto.

Utilizando las palabras de Alejandro Quiroga, su pensamiento puede ser considerado como “una vía tradicionalista al fascismo”: una opción que apostaba por integrar el catolicismo dentro del fascismo.

No cabe duda que la obra de Pemartín es clave, puesto que en ella se anticipan y se identifican ya muchos de los aspectos que luego se identificarían con el “fascismo español”; pero sería a la vez un anticipo de muchos de los baluartes ideológicos del Nacionalcatolicismo franquista.

Sin lugar a dudas, la presente obra arroja aire fresco sobre el conocimiento de las derechas españolas, pero también de la Europa de entreguerras: rescata el pensamiento de un personaje interesante y que, a la luz de lo expuesto, debe ser considerado clave en la instauración de las dos dictaduras españolas del siglo XX. En definitiva, se nos presenta un ejemplo más de la necesidad de abandonar la dicotomía fascismo-derecha tradicional, a veces empleada por algunos especialistas, para comprender la primera mitad del sangriento siglo XX.

NOTAS

¹ Quiroga, Alejandro, *Making Spaniards. Primo de Rivera and the Nationalization of the Masses, 1923-1930*. Londres, Palgrave, 2007.

Santana, Juan M., *Paradigmas historiográficos contemporáneos*. Barquisimeto, Fundación Buria, 2005, 196 pp.

Israel Sanmartín Barros
(Universidad de Santiago de Compostela)

Últimamente, la historiografía nos ha dado algunas alegrías editoriales, como este libro de Juan Manuel Santana¹, quien se ha tenido que ir a Venezuela para publicar este excelente trabajo. Santana, que es un modernista sobresaliente, también tiene una larga trayectoria como historiógrafo, con trabajos de visibilidad internacional tanto en el mundo anglosajón como en América Latina. Santana, además, abunda en la idea de deslocalizar la historiografía de los contemporaneistas, quienes siempre han intentado acaparar estas temáticas con cierto recelo. Por otro lado, Juan Manuel Santana es un historiador ligado a la Red Internacional de Historiadores Historia a Debate² y a muchos de sus proyectos de investigación e historiográficos. Esa pertenencia marca el sístole y el diástole del libro sobre todo en las cuestiones de fondo relativas a la pluralidad con la que se abordan los enfoques, la terminología, los temas y las diferentes opiniones y recurrencias a cuestiones interdisciplinarias como historia de la ciencia (Kuhn, etc.).

Volviendo al libro, como hemos dicho, está publicado en Venezuela gracias a la Fundación Buría y está prologado por Reinaldo Rojas de la *Universidad Pedagógica Experimental Libertador*, que, además de ser amigo de Santana también es un sobresaliente investigador con un marcado cedazo historiográfico y con mucho contacto con Europa. Este particular debería de hacer reflexionar la política de muchas editoriales peninsulares, que no han sabido ni siquiera reproducir o distribuir en nuestro país esta obra. El libro está dividido en tres partes centrales de exposición: el paradigma positivista, la escuela de Annales y el materialismo histórico. Además de esto, el autor nos ofrece dos capítulos más analíticos relativos a la modernidad-postmodernidad y otro, muy lúcido, sobre la historiografía inmediata del siglo XXI.

Para terminar, Juan Manuel nos ofrece un último capítulo propositivo en el que deja claras sus conclusiones y propuestas para el futuro de la historia (cuanto tendrían que aprender algunos

historiadores franceses como Noiriel de la claridad y enfoque de Santana)³. El libro resulta en su conjunto muy abierto tanto en su planteamiento como en su estructura y enfoque, quizá como resultado de la propia personalidad de Juan Manuel Santana, que se ha preocupado por visitar muchas universidades a lo largo del mundo (y no sólo occidentales ni del Primer Mundo) y ha sabido absorber de ellas lo mejor, percatándose de lo que se debe de evitar de cada una. Santana, quien en lo político es un gran defensor de la democracia directa, ha impregnado su libro con ese mismo espíritu, dándole importancia tanto a las grandes historiografías occidentales como a las grandes historiografías occidentales periféricas, pero sin olvidarse de las historiografías latinoamericanas.

Y eso se hace muy evidente tanto en la bibliografía utilizada, donde además de hacer referencia a las grandes obras y autores de las grandes escuelas internacionales, no deja de citar a historiadores españoles y latinoamericanos. Por otro lado, Santana, que es un marxista heterodoxo, también ha dejado que su libro discurre, con un gran control epistemológico, por un camino -también- poco frecuente. Y eso es muy de agradecer en un trabajo académico. Resultaba absolutamente necesario un texto historiográfico que prestara su justa atención al marxismo y que pusiera los puntos sobre las íes a la escuela de los Annales. Vayamos con estas dos cuestiones, claves en el libro.

En relación a la escuela de los Annales, Santana se sacude todos los prejuicios que existen en las historiografías periféricas hacia la escuela francesa y dice que: “su talante abiertamente renovador convive con su conservadurismo; es renovador en tanto que combate al historicismo, pero es igualmente conservador en tanto que aspira a contrarrestar el avance de otras corrientes más vanguardistas de la investigación histórica. O dicho de otro modo, su ruptura con el historicismo-positivismo, aunque importante, es sólo parcial, no es llevada a sus últimas consecuencias”. Este párrafo es absolutamente revelador y totalmente necesario, junto con la denuncia de la debilidad teórica de los Annales, el fracaso de la “historia total” o el tratamiento “superficial” e “incorrecto” de lo económico y de lo social. Por último, Santana hace una crítica necesaria y valiente sobre los tres niveles braudelianos y su carácter más descriptivo que explicativo. Valorar a la historiografía francesa y a sus historiadores en su justa medida era algo

pendiente en determinadas historiografías periféricas, pero con libros como este parece que nos vamos liberando de algunos vicios y hasta nos atrevemos a hacer propuestas (como es el caso que nos ocupa) en su justa medida. Esta parte es totalmente audaz y brillante

En cuanto a la explicación de la historiografía marxista, el autor intenta poner la lupa sobre esta escuela y prestarle la atención que se merece, sobre todo después de los tambaleos ocurridos desde la caída del Muro de Berlín. En este apartado Santana hace gala de un gran conocimiento tanto del marxismo en sí mismo como de su evolución y de los diferentes autores y peculiaridades geográficas de los distintos marxismos. En una estrategia expositiva muy bien pensada, Santana nos va acercando y llegando muy lentamente en la argumentación hacia la presentación de los seis puntos que él considera claves en el marxismo heterodoxo que él defiende.

Pasando página de la cuestión Annales/marxismo, otra característica básica del libro de Santana es la relación que siempre tiene presente entre historia e historiografía y teoría de la historia. El autor es consciente que la historia que se hace está íntimamente relacionada con el contexto histórico, con la propia personalidad del historiador y con la pertenencia a una determinada Comunidad Científica. En otro sentido, todas esas circunstancias hacen que Santana nos ofrezca un relato historiográfico global no eurocéntrico ni pro-occidental, como se puede constatar con las diferentes alusiones a historiografías e historiadores latinoamericanos y de otras latitudes geográficas.

Por último, Santana nos ofrece toda una serie de propuestas que él considera necesarias para el desarrollo de la historiografía del futuro. En todo el planteamiento del autor habría que hacer una precisión. Está muy bien pensar que el motor de la historia es la lucha de clases pero ese no es, ni debe ser, el único motor. Existen muchos otros y son cambiantes dependiendo de contexto y circunstancias. Esto no quiere decir nada, salvo la diferencia, necesaria, de pareceres. Pese a todo, el libro de Santana es un gran paso adelante en dejar de ser simples marionetas en manos de las grandes historiografías, tan interesadas en buscar coros y ecos donde fuere. Quizá libros como éste son la confirmación de que las historiografías periféricas y emergentes ya piensan con cabeza propia y con varias ideas

a la vez, y eso parece inquietar a los grandes centros de poder de la comunidad internacional de historiadores. Y esa preocupación es buena, porque puede llevar a grandes cambios en la historiografía y en los historiadores.

NOTAS

¹ Y el de Aurell, Jaume, *La escritura de la memoria. De los positivismos a los postmodernismos*, Valencia, Publicacions Universitat de València, 2005.

² Vid. <<http://www.h-debate.com>>.

³ Noiriél, Gérard, *Sur la crise de l'histoire*. Paris, 1996.

Serafi Bernat i Martí, Joan; Gimeno i Bosch, Celestí (ed.), *Migración e interculturalidad. De lo global a lo local*. Castellón de la Plana, Servicio de Publicaciones de la Universitat Jaume I, 2006, 281 pp.

**Por Alejandro Román Antequera
(Universidad de Cádiz)**

La expansión por el territorio ha sido una de las constantes a lo largo de la historia del ser humano. La necesidad de buscar nuevos espacios de donde abastecerse de los recursos necesarios para garantizar la supervivencia es un elemento básico de la especie. De esta forma, la movilidad de las poblaciones humanas se convierte en algo imprescindible. En la actualidad, esto se ha traducido en movimientos migratorios de una cada vez mayor intensidad. No obstante, existe un gran problema, y es que el desplazamiento a otras zonas supone la asimilación de nuevos esquemas culturales. En ocasiones, no se produce una integración plena en la sociedad de acogida de los nuevos habitantes ante la falta de aprendizaje de los nuevos modelos, no sólo por parte del recién llegado, sino también del que ya habitaba esa área, al producirse una nueva cultura entre la existente y la que porta el migrante.

Gracias a la continua llegada de poblaciones foráneas –rompiendo una tendencia histórica de expulsión de efectivos–, a la evolución favorable de la supervivencia, al aumento de la natalidad, y a una cuestión relacionada con una inflación de los datos del Padrón Continuo, durante las primeras fases de su puesta en práctica, la población de España ha roto la barrera infranqueable de los 39 millones de habitantes. De entre estos elementos, quizás el más importante ha sido el de la inmigración, que no sólo ha supuesto un aumento de la población en

general, ya que al concentrarse una parte importante de este contingente en las edades reproductivas, ha conllevado también el incremento de la fecundidad, que posee además un diferencial más alto, que ha arrastrado hacia arriba el índice sintético de fecundidad.

El libro editado por Joan Serafí Bernat y Celestí Gimeno aborda el estudio de las migraciones desde un enfoque multidisciplinar, sin el cuál es imposible aprehender todas las vertientes que existen en los procesos de movimiento poblacional que se experimentan, y que suponen una de los grandes asuntos a tratar dentro de las agendas políticas, y en el seno de la sociedad. La diversidad de disciplinas necesarias para proceder a explicar las migraciones y sus consecuencias, conlleva la necesidad de un equipo de varios especialistas en diversas áreas, que puedan ofrecer desde el punto de vista de su materia, lo que sucede con los movimientos poblacionales. De ahí, el carácter colectivo de este trabajo. En el que cada capítulo está realizado por uno o más autores, con el objetivo de brindar al lector una imagen clara de los diferentes aspectos implicados en los movimientos migratorios, con una atención especial al caso español.

Los primeros cuatro capítulos compondrían una primera parte en la que se establecen las coordenadas básicas para la observación de los movimientos poblacionales. Así, Khamlichi Aboubakr establece el marco de las migraciones y la cooperación en el espacio euromediterráneo, usando como ejemplo el caso de Marruecos, a través de su propia experiencia personal. Denuncia las condiciones infrahumanas y clandestinas de la migración actual, y la falta de éxito de la cooperación – desidia de la UE, descoordinación de las ONG, y corrupción de los gobiernos locales-. Ante esto, hace la propuesta de una cooperación alternativa, basada en la igualdad, la libertad, la democracia y la creación de redes desde el respeto mutuo y la acción global.

Posteriormente, Javier de Lucas analiza las condiciones del proyecto intercultural, que se ve aquejado de numerosos tópicos y falacias, que afectan en gran medida a la visión que se tiene sobre el migrante. De Lucas señala los condicionantes políticos y jurídicos existentes que impiden una plena integración de los nuevos habitantes procedentes del extranjero, que sufren la falta de igualdad de derechos. La carencia de simetría en las relaciones se traduce en la

imposibilidad de llevar a buen término cualquier proyecto intercultural, que debe tener como objetivo una democracia inclusiva, plural, consociativa e igualitaria, con una ciudadanía abierta, diferenciada e integrada. Para ello, De Lucas propone el acceso a la comunidad política del nuevo miembro de la sociedad, la eliminación de obstáculos garantizando las condiciones para una vida digna, y el reconocimiento de los derechos, de los que se ven privados en la actualidad numerosas personas que deben emprender el camino de la migración.

El tercer capítulo redactado por Mercedes Alcañiz se acerca a los movimientos de población dentro del marco de la sociedad global. Señala el carácter inherente del movimiento a la especie humana, y la carga negativa de determinadas palabras como inmigrante. Se marcan las grandes fases de los movimientos poblacionales, y muestra el modo en que las migraciones han aumentado en la última década, en especial relacionadas con motivos laborales, y con un mayor componente femenino. Además, recalca como el siglo XX ha sido el momento en el que la figura del refugiado ha obtenido una entidad propia, que se ha visto refrendada a través de los organismos internacionales creados para su atención. La situación actual tiene el grave handicap del gran número de movimientos forzados, para los que la autora propone soluciones globales, con el único fin de evitarlos.

Enric Ramiro Roca es quién se encarga de exponer los conceptos de identidad y los estereotipos existentes en una sociedad intercultural. El vacío identitario que padece la sociedad actual provoca una perversión por parte de determinadas esferas del poder, que impiden una integración plena de los recién llegados. La pérdida de los lugares comunes, de los referentes es aprovechada por dichos grupos para generar una mala imagen del migrante, potenciado los miedos al otro, y la consecuente aversión, para así lograr la identificación de un grupo a través de esta oposición. Esta perversión se ve coadyuvada por los medios de comunicación, que reciben una clara crítica por su visión simplista que fomenta los estereotipos negativos sobre los migrantes.

Los cuatro capítulos que compondrían una segunda parte dentro de la estructura del libro por su temática, se adentran en el estudio de las migraciones para el caso español, partiendo

desde la visión de conjunto del país, para ir profundizando cada vez más en las dinámicas migratorias, reduciendo el espacio de estudio, pasando al caso de la Comunitat Valenciana, para finalizar con el ejemplo de los rumanos en la provincia de Castellón.

Andreu Domingo i Valls, es quien explica la inmigración en España, que es un fenómeno reciente –iniciado en los ochenta, y confirmado en los noventa-, y que tiene un gran impacto demográfico. Denuncia como progresivamente se ha ido endureciendo la legislación española en consonancia con la europea, para impermeabilizar las fronteras, potenciando el acceso a los colectivos de Europa del este y sudamericanos –aunque estos últimos cada vez están sufriendo mayores restricciones en detrimento de los primeros-. Asimismo, señala las dificultades que ofrecen las fuentes para la medición de las migraciones, y el proceso de aceleración experimentado por los flujos migratorios, que han profundizado los desequilibrios territoriales de nivel de ocupación del espacio en el territorio español. Además, Domingo i Valls fija los factores sociodemográficos que permiten la llegada de los migrantes, la progresiva incorporación femenina al trabajo y el envejecimiento poblacional, que dejan espacios libres en sectores socioprofesionales no deseados por los españoles por sus expectativas, produciéndose la complementariedad. El problema se plantea por la exclusión sufrida por el colectivo foráneo, que no ve reconocidos sus derechos, un factor clave para la integración. Los siguientes dos capítulos se adentran en el estudio de las migraciones en la Comunitat Valenciana. El primero realizado por Andres Piqueras pone en relación los procesos migratorios en España y en tierras valencianas, volviendo a incidir en el carácter novedoso de la inmigración en España, e indica como los contingentes de comunitarios han encontrado en la costa valenciana un lugar para asentarse tras su jubilación, especialmente en Alicante. También, los procedentes de la Europa oriental, que se han asentado primordialmente en Castellón en el caso de los rumanos. Esto se ha producido porque la población exógena está siguiendo el esquema de las redes de acogida, que favorece la concentración por nacionalidades. Piqueras señala como el modelo agroindustrial español de desarrollo requiere grandes cantidades energéticas, no sólo fósil, sino también en recursos humanos siguiendo el patrón de la complementariedad, al ocupar puestos no deseados por gran parte de los

autóctonos. Aún así, se produce la exclusión y la restricción a su llegada a causa de la política de la UE, que cada vez se endurece más e implementa una consideración negativa del inmigrante, que es el extranjero y pobre, que tiene como consecuencia su falta de integración y su sobreexplotación.

El siguiente capítulo escrito por Rafael Viruela y Concha Domingo, se centra en el análisis de la población inmigrante extranjera en Valencia. Se demuestra como paulatinamente el peso de los norteafricanos y europeos comunitarios de la zona occidental decrece, con relación a los de la zona oriental y los sudamericanos. La oferta laboral, en precario habitualmente, y el efecto llamada, con las redes de acogida que se crean, son los grandes factores de atracción, que han generado la masiva llegada de población.

Celestí Gimeno y Joan Serafí i Bernat establecen un modelo de análisis de las corrientes migratorias siguiendo las teorías económicas, con el estudio del caso de los rumanos en Castellón. Tras introducir las teorías existentes, pasan posteriormente a explicar la dinámica migratoria de Castellón –provincia donde la población de rumanos es el principal colectivo foráneo con gran diferencia, a causa del esquema de redes de acogida-. Luego, analizan los factores *pull*, que se producen en Castellón en los años noventa para la atracción de los rumanos; y, *push* –de expulsión-, exponiendo la situación existente en Rumania en la misma época. De este modo, llegan a profundizar en las causas de este movimiento poblacional, de singular importancia en la provincia, ofreciendo una visión completa del mismo.

Por último, se ofrece un capítulo a modo de epílogo en el que se recogen las principales instituciones académicas, organismos oficiales y organizaciones para la atención al migrante, señalando las informaciones que se pueden encontrar en sus páginas de Internet, con lo que se realiza una puesta en valor de este medio de comunicación para favorecer una mejor comunicación entre todos, de cara a hacer un mundo mejor.

El estudio realizado en este libro permite obtener una visión completa de los procesos migratorios. Los diferentes autores denuncian la situación infrahumana en la que se están produciendo los movimientos poblacionales, resaltando la corrupción de los países de origen y la acción de la Unión Europea, que potencia la

llegada de determinados lugares de procedencia, estableciendo así una especie de club, con un acceso cada vez mucho más restringido. Esto a pesar de la necesidad de recursos humanos existente, que vienen a ocupar siempre las profesiones menos deseadas. Aún así, la política europea no se ha esforzado tanto en conseguir unas directrices comunes de migración y asilo, que de hecho no existen, como en impermeabilizar lo que se ha denominado la 'Fortaleza', limitando así un derecho fundamental de cualquier ser humano, el de la migración a nuevos territorios para conseguir una mejor calidad de vida.

Vali, Nasr, *The Shia Revival: How Conflicts Within Islam Will Shape the Future*. New York, W.W. Norton, 2006, 304 pp.

**Por Carlos L. Yordan
(Drew University, Estados Unidos de América)**

Four years ago, the United States invaded Iraq. The goal was to oust Saddam Hussein's regime from power and replace it with a secular, democratic order. The Bush administration also argued that a democratic Iraq would serve as a model for the region, a first step in the Middle East's transformation. Additionally, the new Iraq was expected to serve as a strong ally in President Bush's "global war on terror," while some officials in Washington argued that the getting rid of Saddam Hussein would force Iran to end its nuclear ambitions. America's strongest critics argued that this vision was too simplistic and that the likely outcome was not going to be democracy or capitalism, but further regional instability.

Today, the Middle East is extremely volatile. Iraq's transformation has been threatened by growing sectarian conflict. Tehran's nuclear weapons program is moving forward, even though international criticisms grow. Hezbollah's popularity has increased since last summer's war with Israel, while growing differences between Lebanon's factions are questioning the country's unity. These three cases share one important element: members of the Shia faith are at the center of these struggles.

What impact will this struggle have on the Middle East? Vali Nasr's *The Shia Revival: How Conflicts Within Islam Will Shape the Future* provides one provocative answer. Nasr, who is a professor of Middle East and South

Asia politics at the Naval Postgraduate School in Monterey, California and an adjunct fellow at the Council for Foreign Relations, argues that the United States' liberation of Iraq actually empowered the country's Shia community, inspiring other Shia communities in the region to campaign for their political and economic rights. Similarly, the weakness of post-Saddam Iraq has permitted Iran to play a larger regional role, challenging the existing Sunni-dominated order. Consequently, Sunnis throughout the Middle East see the Shia resurgence as a threat and they have started to cooperate to reverse recent Shia gains.

Written for a general audience, but without sacrificing any academic standards, the book is divided into nine chapters. The first five provide a rich history of the events that prompted Islam's split into two main sects and how differences between them have fostered so many violent episodes since the seventh century. Nasr reminds the reader that this battle even unfolded in the countries that espoused the ideologies of Arab nationalism and socialism during the twentieth century. He vividly demonstrates how this ideology, though secularist-leaning, portrayed members of the Shia community as an Iranian fifth column. Thus, it is not surprising that the Iranian revolution and the rise of Ayatollah Khomeini stirred Shia emotions and led to a new period of sectarian conflict, which was best represented by the Iran-Iraq War of 1980-1988. This is not to say that Khomeini's views on political organization were popular in Shia communities outside Iran. For the most part, these views were seen as a challenge to the "quietist" position embraced by most Shia clerics around the world. However, the revolution challenged the regional balance of power, forcing Sunni-dominated countries in the Persian Gulf to find ways of containing Iranian influence.

According to Nasr, the Iranian revolution also inspired Sunni fundamentalist movements to take a more active role in politics, while forcing the United States to support Saudi Arabia's efforts to contain the influence of Shia interests. The American strategy did work, but it also allowed Saudi Arabia to export its ideology of militant Wahhabism in Pakistan and throughout the Arab world. The main casualty of this containment strategy was not Iran, but moderate Sunnis' pro-Western ideologies (i.e. nationalism, Arab socialism, and secularism), which influence since the 1980s have dwindled.

Chapters six through nine address post-2003 developments. The first of these chapters explains the Shia community's reaction to the American invasion and occupation of Iraq. Rather than opposing American interests, Grand Ayatollah Ali al-Sistani asked the leaders of this community to cooperate with U.S. troops and civilian officials working for the Coalition Provisional Authority. Even though Iraq's Shia community is pretty divided, Sistani's pragmatic approach was embraced because it would give Shia Iraqis control over the country. Indeed, by openly supporting the Bush administration's desire to democratize Iraq, Sistani used this rhetoric against America's occupation and its attempts to establish a pro-American constitutional system. This was an important moment in the history of Iraq as Sistani's astute political maneuvering guaranteed an end to the occupation and it secured the possibility that the Shia majority would shape the evolving constitutional order.

Indeed, the new Iraqi state, as chapter seven explains, is a source of great pride for Shia Iraqis. Members of this community have assumed important positions in the government, while the new security forces have strong Shia representation. But, this is also a source of contention amongst Kurds, Sunni Iraqis, and some of Iraq's neighbors. Some Jordanian officials have insinuated that Iranians have been crossing the border into Iraq to inflate the numbers of Shias living in the country. These officials emphasize Iraq's Arab roots as a way of discrediting the interest of Iraq's majority population. Why are the country's neighbors so concerned about Iraq's? An answer is provided in the book's last two chapters.

Since the 2005 Iraqi national elections, the Shia community throughout the Middle East has embraced America's project to spread democracy in the region as a mechanism to push for changes favorable to its interests. Iranians, who have been looking for ways to break down

"the Sunni wall around them", have supported many of these Shia movements to make sure that this "wall" is not rebuilt (p. 222). While Sunni-dominated countries are working together to reverse recent Shia gains, the biggest threat to Shia interests currently comes from Sunni jihadists, who enjoy a measure of support in the Sunni community. For instance, al Qaeda's struggle in Iraq has not only been directed at American forces, but also at Shia Iraqis. In fact, more Iraqis have died during the post-war period at the hands of Iraqi insurgents and Sunni jihadists, than during the United States' invasion. Thus, America's war on terror has empowered the Shia community, while targeting the same Sunni jihadists that were part of Washington's and Riyadh's strategy to contain Iranian influence during the 1980s. Even more ironic, the Bush administration's decision to promote democracy is actually allowing Iran to extend its influence in the region, while further weakening American influence in the Middle East. This is an important conclusion because it highlights the unintended effects of the Bush administration's policy towards the Middle East since the attacks of September 11, 2001.

One of the book's weaknesses is Nasr's unwillingness to address the Israeli-Palestinian conflict. This is interesting because this is an area where Sunnis and Shias actually see eye-to-eye and have worked together. Indeed, during the 1990s, Hamas, a Sunni group, established a working relationship with Lebanon's Hezbollah. Since it won the 2006 Palestinian elections, Iran has been one of its strongest supporters. This example seems to question the book's central thesis. However, this criticism aside, scholars and researchers interested in the contemporary Middle East need to read this book. Nasr shows quite convincingly that future conflicts in the Middle East will not be necessarily stimulated by Samuel Huntington's clash of civilizations, but by differences between Islam's two main sects.